

Ese viejo cuento de amar



RAMON DIAZ ETEROVIC
cuentos



MOSQUITO EDITORES



Ramón Díaz Eterovic nació en Punta Arenas en 1956. Fue director de las revistas *La Gota Pura* y *El Gato sin Botas*, y ha publicado los libros: "El Poeta Derribado" (1980), "Cualquier Día" (1981), "Pasajero de la Ausencia" (1982), "Obsesión de Año Nuevo" (1983), "Atrás sin Golpe" (1985), y "La ciudad está triste" (1987). En 1986 fue co-autor de la antología "Contando el Cuento".

Entre sus premios literarios se destacan:

- Premio Municipal de Santiago, 1982 (Mención Honrosa, Género Cuento).
- Concurso "Chile-Francia", 1985. (Segundo Lugar).
- Concurso de Cuentos Simón Bolívar", 1987. (Primer Lugar).
- Concursos de Cuentos "Alonso de Ercilla y Zúñiga", 1988 y 1989.
- Concurso de Cuentos "Promesa" de Radio Umbral, 1989. (Primer Premio).
- Concurso de Cuentos Diario "El Mercurio" 1990. (Segundo Lugar).

En 1987 recibió el Premio Anna-Seghers de la Academia del Arte de Alemania, y en 1988, su novela "Solo en la Oscuridad" fue finalista en el Concurso Casa de Las Américas (Cuba).

ESE VIEJO CUENTO DE AMAR

Ramón Díaz Eterovic

Editorial Mosquito Comunicaciones
Colección Narrativa

Impreso en Chile
1990

Ese viejo cuento de amar

© Ramón Díaz Eterovic

© Derechos Reservados para la presente edición,
Editorial Mosquito Comunicaciones

Primera Edición, 1990

Inscripción N° 77.078

Diseño de Portada: Alejandro Albornoz

Responsable encuadernación: Ramón Carrasco

Composición de Textos: Computext Ltda.

Impreso en Chile

A
Magdalena Eterovic Martinic
porque en sus ojos aprendí a dibujar las
palabras que me enseñaron el
nombre de las cosas.

A Valentina y Alonso, mis hijos.

A Sonia, por el amor.

Ese viejo cuento de amar

*a Hugo Vera Miranda,
en Boedo y San Telmo*

Después del horóscopo, de mis colores favoritos y de la posible influencia de la luna, vienen esas preguntas que esperaba y a las que, de no ser por sus ojos tristes, contestaría de inmediato con un sí, ya lo sé, el amor es puro cuento. Pero ella me mira tristísima y detiene por unos instantes la grabadora para decir que la pena es real, y si ha concurrido a la cita es porque ya estaba fijada y la revista es la revista, y lo otro, lo que no tiene nada que ver, pero se le nota en cada gesto, es el deseo de haberse quedado llorando en su departamento, del cual, dos días atrás salió un para mí difuso Ernesto, llevándose un amor de cinco años, su virginidad, los cassettes del Silvio y todas sus camisas, salvo aquella amarilla, horriculenta, que a veces ella usa para dormir. Que cómo, cuándo y de dónde salía eso de inventar his-

torias con la ambición de contar la vida a pedacitos, es una excusa para olvidar el departamento, o sea, ya lo dije, lo otro, y de pasadita, onda peón al paso, me obliga a retroceder en el tiempo —como si el corazón fuera una National Panasonic— y quedar instalado en el café del barrio, acariciando una botella de cerveza tibia, que entraba de mala gana por la boca, pero que era necesario beber porque era lo normal en el proceso de hacerse hombre —macho, decía el Paco Suárez— y la primera curda era un comienzo algo es algo peor es nada, ya que faltaba lo más importante, aquello que cosquilleaba entre las piernas y se imaginaba cuando mirábamos los muslos de la profesora de castellano o me llevaba a varias compañeras de curso al sueño de mi pieza, a esa cama que ya no daba más de tanto Sade y Pitigrilli, leídos ahí, en la camota virgen, y también a escondidas en los recreos del liceo, o en las clases de educación física del Mono Miranda, que prefería aceptar una invitación a cervecar, antes que tenernos trotando en el gimnasio, sudando por todas las espinillas esas ganas tremendas de coger que teníamos, y de las cuales, unos pocos se habían logrado deshacer donde la tía Lucy, la Casa de Piedra o, en el mejor de los casos, en la playa arrastrándose con alguna empleadita del sector, después de una calentona sesión de cine en el Politeama. Entonces, ella que está tristonza, pero que por sobre todas las cosas es profesional, me obliga a recordar esa cerveza tibia, al ya mentado Paco Suárez, al Flaco Avello y su hermano Leopoldo, y al Chico Vega, al que insistíamos en llamar el Chico Verga desde una cura en la que se le ocurrió pasearse por la Borjes con la pichula al aire, gritando que era la más grande de Punta Arenas, y el cual, en verdad no era muy amigo nuestro, pero esa tarde y esa noche, era el gancho preciso para dejarnos caer en una fiestoca donde suponíamos habría un lote grande de minas buenas para ir al boche, y una oportunidad así —dijo Suá-

rez— no se la perdía ni el Papa, y por eso, a las nueve en punto, el viejo Ford 42 del Flaco Avello estaba rugiendo frente a mi casa, y antes que su bocina reiterada alarmara a todas las vecinas del barrio, me encontré ubicado en el asiento trasero del auto, acercándome lo más que podía a una rubia tetoncita que el Chico Verga llevaba abrazadísima, y casi está de más decirlo, sin ninguna intención de soltar, lo cual no alcanzaba a ser obstáculo para que insistiera en acercarme un poquito, por eso de las corrientes eléctricas que nunca se sabe, y porque, “la vida tiene sorpresa, sorpresa tiene la vida”, y eso el Chico Vega, perdón Verga, lo sabía muy bien, y cuando una frenada brusca del auto empujó a la rubia un poco hacia adelante, aprovechó a decirme: “conviene ir preparado, a la segura” y reafirmó lo dicho con una agarrón firme a la rucia en la cintura, que no le hizo daño, pero sí le dio a entender que por su lado las ganas sobaban. Y por el mío, para qué vamos a andar con cosas, las ganas, requeteganas, crecían con la proximidad de la tetoncita, y la ducha que me había pegado media hora antes se fue al carajo, y lo vientiúnico que deseaba era llegar pronto a la fiesta, confiando en que si bien no era Alain Delon, no estaba tan mal, y a las pérdidas algo tendría que salir agarrando, aunque en la onda de ponernos sinceros —como ella que me mira tristonamente y me pide una pausa y una taza de café que se la cambio por tres dedos de whisky y algo de hielo— tengo que recordar y reconocer que durante la primera hora de fiesta me lo pasé escondido en un rincón, viendo cómo mis amigos tiraban más manos que Cassius Clay, ignorado por las pocas minas sueltas que no se entusiasmaban para nada con mi pinta de cartulino a la legua, la que con un poco de retoque y sin mucho esfuerzo me habría servido para foto de primera comunión. Sin embargo, —y esto para ir abreviando, o como quien dice, para apurar la causa ya que la cinta sigue corriendo, y ella a

pesar de la pausa y de la tristeza me mira con cara de eso qué cresta tiene que ver con las preguntas —ésa era mi gran noche como decía o dice Adamo— que para entonces estaba de moda, aunque nosotros, los muñecos listos del setenta, preferíamos "El submarino amarillo" de Los Beatles, algo de Jimi Hendrix y mucho de Santana a toda hora del día, a pesar de las quejas de las madres que veían llegar el acabo del mundo vía chascones estéreos —y en un momento determinado— frase tipo que no dice nada, pero hace referencia a algún segundo que no se recuerda con precisión— sentí que alguien me hablaba a una cuarta de la boca, y cuando descarté la idea de salir arrancando, pude reconocer a Ester, la dueña de casa, la come cabritos, una casi cuarentona que estaba de morderla por los cuatro costados, y que sin decir agua va, me tomó de los brazos y me hizo girar por la pista de baile, siguiendo una canción de John Lennon, la que en realidad pasaba de largo, porque la Ester me apuntaba segura con sus pechos —violentísimos diría más tarde el Flaco Avello— y algo empezaba a convertirse en un bultito calenturiento, y ella que organizaba esas fiestecitas mientras su esposo trabajaba en no sé qué parte lejana, se dio cuenta de la inflamación, y como no estaba para invitaciones a la matinée del domingo, siguió aprisionándome con fuerza, jugando a meter mi bultito cada vez más bultote entre sus piernas buscando ese roce que ya hacía correrme en vivo y en directo, y acariciando con dedos sabios esa parte del cuello que parecía funcionar como interruptor, y que para no andar con subidas por chorro, diré que me anduvieron asustando y tuve que inventar una ida urgente al baño para ver si el bultote pasaba de nuevo a calidad de bultito, con tanta mala suerte que al bajar el cierre, quedé con él en las manos, y minutos más tarde no quedó otra alternativa que aparecer en medio de la fiesta, deslizándome casi por las paredes, sin poder ocultar el

percance, aunque creo que nadie se dio cuenta, salvo Ester que me caló al vuelo, y como no estaba para perder su tiempo me dijo, qué te pasa, y a ver que tan descosido estás, y yo te lo arreglo, y sin mayor preámbulo alargó su mano hasta agarrar el bultote y prácticamente agarrándome por ahí, me llevó a su dormitorio donde me enseñó la importancia de no dar puntada sin hilo. Sé que trata de entretenerme, dijo ella un poco menos triste ya que entraba en el segundo trago, pero a Henry Miller me lo pasaron en la Escuela de Periodismo, y lo que interesa es el cuándo y el cómo lo de escribir, y si no es demasiado, qué crees tú que pasa con el amor. Para allá voy, le contesté, ya que en eso estaba, y dejando de lado el primer polvo, que debe haber sido algo así como el sonido y la furia (con el permiso de Faulkner) sobrevino el segundo, casi de inmediato, pero onda tómatelo con calma que tenemos tiempo, y ella, experta, generosa, ardiente, medio zafada tal vez, dando cancha, tiro y lado, exigiendo en mitad de todo, ese cuéntame un cuento, que me dejó paralizado, dudando entre seguir el ritmo que sugería el somier o pasarme al bando de Blancanieves. Un cuento, dime un cuento, dime cosas, ahora un cuento por favor, gemía la experta Ester, y yo pensaba ésta qué quiere, no le basta con la acción sino que además necesita un relator deportivo. Uno de camiones, agregó Ester, soplándome el tema al oído, cosa que de repente añoro frente a tanta página en blanco que a uno se le tira encima, y ahí como que fui entendiendo, porque estaba caliente pero no tonto, y se me ocurrió que iba conduciendo uno de esos petroleros gigantescos, cuando en medio de la ruta aparecía la mujer, que por cierto era Ester, y la hacía subir a la cabina y antes de tres kilómetros la tenía entre la espada y la pared, o mejor dicho, entre mi cuerpo y el volante, pasando el acelerador de 80 a 100, y ella, así, así, cuéntame más. Y contarle más era incluir en la historia a un par de autos que se

cruzaban frente al camión zigzagueante, con sus conductores estilando puteadas, y al final de una curva la presencia de un radiopatrullas, celosísimo de su deber, obligando a subir de 100 a 120, y ella de nuevo, así, así me gusta, dale más, y yo tratando de saber si debía seguir con el cuento o azotando el colchón. Pero, por si acaso, me las arreglé para continuar en los dos frentes. No por mucho rato, ya que los policías eran veloces, y el bultote también, y cuando la ley estaba por atraparme, la Ester se puso a gritar ¡me voy, me voy!, y a mí me dieron ganas de putearla por dejarme con el camión tan comprometido, pero la realidad era más fuerte que la ficción y comprendí que era momento de regresar al dormitorio y terminar jadeando entre sus pechos violentísimos. Ese fue el principio, le dije a ella, un poco menos tristonera que al comienzo, con deseos de reírse y aceptar otro traguito entonador. El principio del amor y literatura. Bueno, si es que se puede llamar amor a los encuentros nocturnos que sobrevinieron, y la literatura a las historias que también sobrevinieron, y además sobrevivieron, inevitablemente, porque sin ellas no había encuentros o estos se frustraban por falta de imaginación, cosa que me hizo aprender que lo primero era tener una buena idea, y después venía el tiempo del perfume, la camisa limpia y de partir a la casa de Ester. La historia de los camiones se repitió un par de veces, y luego fuimos cambiando de estilo y temas. Con ella a horcajadas sobre mí, caía bien una historia de botes, remos y piratas; a sus piernas rodeando mi cuello correspondía una de trenes y ferrocarriles; y si me retenía junto a la puerta de su casa para hacerlo de pie, recurría a una de aviones y vuelos acrobáticos, mezclando el placer de flotar en el aire con el riesgo de caer sobre la alfombra. Las historias se fueron perfeccionando a causa de esa manía que uno tiene de hacerlo cada vez mejor. A veces un cambio de punto de vista o de persona-

jes convertían una vieja historia en algo que Ester sabía apreciar. El monólogo interior poco funcionaba, ya que ella prefería un narrador que todo lo viera, capaz de reproducir con palabras precisas cada cosa que acontecía. Una de un camión conducido por dos hombres la volvía loca, y con una de astronautas que llevaban meses en el espacio no pasó nada, tal vez porque la ciencia ficción no es mi género favorito, o porque al otro día llegaba su marido, y eso significaba que una vez más, y por toda una semana, su amor por la literatura quedaba de lado. La literatura era yo, me daban ganas de exclamar lo más absolutista, recordando esas semanas que ocupaba para restablecer energías y pasar a máquina alguna de las historias, con lo cual no sólo mantenía un orden necesario, sino que además me ganaba unos pesacotes vendiéndolas a mis compañeros de curso, que así aprendían que leer es un vicio solitario, y de paso me embromaban con eso de gritar "Pequeño Dickens" cada vez que me veían aparecer en la sala con unas ojeras del porte de una casa y que ellos atribuían a tantas novelas por encargo que debía escribir, lo que no dejaba de agradarme, ya que entre cuento y cuento, empezaba a entender a esos tipos graves que hablaban del placer de la literatura. ¿Es en serio todo lo que dice? ¿De verdad fue así? pregunta ella, risueña y un tanto entusiasmada con tantas historias de camiones y otros medios de transporte; y luego, un minuto más tarde, no soporta la tentación de soltarse el pelo hasta ese momento sujeto por un moño, cuando le cuento esa increíble, realmente increíble de la Ester absolutamente de ficción y volada, haciendo el amor arriba de un trapecio, con un equipo completo de trapecistas mexicanos, tocando literalmente el cielo de la carpa y de su pieza, en medio de unos gritos que me dejaban al borde del mareo por tanta altura imaginaria y tanto vaivén exquisitamente real, aunque un poco tristón porque ya habíamos conversa-

do que esa noche era la última. Algo así como mi debut y despedida de las pistas circenses, ya que por la mañana regresaba su marido y esa vez para siempre. Para siempre marido y para siempre adiós, por culpa de un traslado en el trabajo, y yo, desesperado, no tanto por ella, sino por la literatura que amenazaba con irse también, a pesar de que si escribiste una vez volverás a hacerlo, según decía Hemingway, sin dejar de tener razón, porque pasaron los días y la ausencia de la experta Ester se suplió con otras frenadas bruscas frente a mi casa, otras fiestecitas de sábado por la noche, y con un vacío que me rodeaba cuando en medio de lo mejor nadie pedía historias, y era necesario esperar el retorno a mi casa para llevarlas a mis cuadernos de liceano, un tanto sentimentalón por lo de las ausencias, y porque en esos mismos días apareció en escena Marta, ya no por entre las piernas, sino que un poco más arriba, y el negocio editorial se fue al suelo, por repetido quizá o porque los tipos del curso habían ido desvaneciendo las ganas cada cual a su manera, y la onda de los trapecios, trenes y demases ya no me la creían y el "Pequeño Dickens" se convirtió en un buen recuerdo de ese tercer año medio. No te creo nada, me dice ella, profesional y risueña, apretando el stop de la grabadora, y le contesto que no me crea nada, y que si lo prefiere puedo hablar del orfanato en que me dejaron botado a los dos meses, de cómo comía poco y me pegaban por pedir más comida, y más tarde me entregaron a la custodia de un fabricante de ataúdes, y cuando escapé de las manos de ese tipo ruin caí en las de un instructor de pequeños lanzas callejeros, del cual sólo pude librarme con la ayuda de un caballero de mucho dinero. Eso es de Oliver, dijo ella, risueña. Entonces, créeme, le contesté sirviendo otros tragos para los dos. Créeme y cuéntame esa historia con Ernesto, le digo, y ella responde que cree todo, pero lo de Ernesto vendrá más tarde, porque ahora quiere que

le cuente un cuento y se desabrocha la blusa, y mientras salimos de mi pieza de trabajo, pienso que el amor es así, y le pregunto si quiere saber cómo me hice novelista, y ella se ríe y dice que bueno, aunque sea puro cuento.

Por amor a la señorita Blandish

a James Hadley Chase

Como en la canción de Serrat, poco antes de que dieran las diez el hombre entró a la oficina de Bonifacio Espejo. Era una mañana limpia que anunciaba el inicio de un día caluroso, bueno para lagartijas y ancianos de huesos secos, pero no para Espejo que nunca se despojaba de su impermeable pringoso y que odiaba esos días, tanto como a las moscas y los tragos dulces.

Espejo observó al visitante y le llamó la atención que no fuera el tipo habitual de cliente que llegaba a contratar sus servicios. Se sintió invadido y pensó que hasta era posible que el extraño se hubiese equivocado de piso. Aquel era un hombre pulcro, diferente a las ancianas que llegaban a pedirle que encontrara a sus gatos regalones, o de los

bancarios que lo contrataban para conocer los pasos secretos de sus mujeres. Inquieto, se acomodó en su sillón al tiempo que arreglaba el nudo de su corbata color caca de guagua, como le decían las putas de San Martín cada vez que él llegaba a los burdeles pretextando andar detrás de un raterillo de poco vuelo.

—¿El detective Espejo?— preguntó el extraño luego de acercarse al escritorio metálico que ocupaba gran parte de la habitación y de evaluar el aspecto de Bonifacio. Su rostro sin afeitar, sus dedos amarillos y regordetes, y sobre todo, la flojera que se le acumulaba en los párpados.

—Bonifacio Espejo— confirmó el detective.

—Pense que sería de otra forma— dijo el hombre, sin precisar si se refería al aspecto de Espejo o al de la oficina.

—Explíquese, no tengo mucho tiempo— mintió Espejo, confundido con la apreciación del visitante.

Más tarde, Bonifacio se enteró que el hombre se refería a su patrona, una ricachona poco dada a gastar en cosas tan inusuales como un detective privado. Espejo, "Bazofia" para sus amigos desde los tiempos del liceo, sabía que en la ciudad existían tres o cuatro agencias de investigadores de buen nivel. Tipos altos y rubios, lindas secretarias y muchos aparatos electrónicos. Pero, todo eso costaba su peso en oro, y para quién no podía, o no deseaba pagar ese precio no había otra alternativa que Espejo, el detective de Franklin y San Diego. Sucio, flojo y algunas veces eficiente.

—¿Quiere explicarse? —suplicó más que preguntó Espejo.

El hombre pulcro siguió sin darse por aludido. Examinó una imagen de Santa Teresita de los Andes colgada junto a la puerta, y siempre tieso y resuelto salió de la oficina.

Hoy es el día libre de los locos, pensó "Bazofia" mientras trataba de sacar con un fósforo un pedazo de carne que se le había incrustado entre dos muelas a la hora del desayuno. Cinco minutos después, el misterioso visitante regresó acompañado de una gorda recubierta de pieles y cremas. Colocó una silla frente al escritorio del detective, y luego de limpiarla con un pañuelo se la ofreció a la mujer.

—La señora de Arizmendi— dijo el hombre.

"Bazofia" se sintió abofeteado por el perfume de la gorda e intentó sin éxito abrocharse el cuello de su camisa. En los últimos meses había subido de peso y las camisas le comprimían la piel de una forma malintencionada. Su esposa lo obligaba a seguir dietas que cumplía pacientemente en su casa, pero que apenas se apartaba unas cuadras de ella dejaba de lado, atacado por repentinos deseos de comer chocolates, calugas o berlines. Postulaba ser un gordo feliz, pero no lo era. Cada mañana se comprimía los rollos que asediaban su estómago y vanamente intentaba tocarse las puntas de los pies.

—Necesito que investigue a una persona— dijo la mujer. Su voz era fuerte y seca. Voz acostumbrada a mandar y ser obedecida. A "Bazofia" le recordó los graznidos de su profesora de matemáticas en el liceo. La había odiado tanto que, aún después de veinte años, seguía sintiendo deseos de estrangularla. Por eso, o porque la mujer olisqueaba, no le resultó simpática.

—Se trata del marido de la señora— intervino el hombre pulcro. Las palabras le brotaron con dificul-

tad, como si la sola mención del esposo le provocara una arcada irreprimible.

—El típico engaño— comentó Espejo, feliz de conocer un punto débil en la mujerona y su acompañante.

—Existen fundamentos para creer que el esposo de la señora mantiene relaciones ilícitas con otra persona— agregó el secretario.

Durante sus primeros años de trabajo, "Bazofia" se había negado a recibir casos de adulterio. Seguir las huellas de tipos calientes y olisquear calzoncillos le parecían actividades reñidas con el molde de investigador que había decidido adoptar luego de pasearse por los libros de Ian Fleming y Raymond Chandler. Pero, como aquello no era una ley, y los casos importantes ni siquiera rozaron la puerta de su oficina, reconoció que los principios eran una cosa y la necesidad de parar la olla, otra. Hizo de tripas corazón y en poco tiempo se convirtió en experto en moteles y citas clandestinas. La ética no pagaba ni un puto bocadillo, y estaba bien que se quedara aprisionada en los textos de leguleyos ociosos.

—Diez mil por día más los gastos— dijo Espejo, y pensó que de inmediato vendría el habitual regateo y si conseguía la mitad de lo pedido habría hecho un gran negocio.

—Conforme— dijo el hombre pulcro, y "Bazofia" no pudo evitar que se le escurriera un hilillo de baba por las comisuras de los labios.

—¿Será discreto?— preguntó la mujer.

—Como una piedra.

—¿Y rápido?

—Como el rayo que partió la manzana de Arquímedes.

Lo primero que hizo "Bazofia" con el dinero que dejó la pareja fue comprarse un cucurucho de papas fritas. Saboreó con satisfacción las papitas impregnadas en aceite, y mientras se limpiaba los dedos en el forro de su impermeable trató de imaginarse la clase de sujeto que sería ese tal Francisco Arizmendi a quién debía seguir, y si era preciso, delatar. Leyó dos veces la dirección escrita en la tarjeta que le diera la mujer, y se dispuso a viajar hacia Providencia.

Seguir a un tipo siempre le resultaba tedioso. Más aún si para hacerlo debía abandonar las veredas conocidas de su barrio. Muchas veces debía permanecer sentado largas horas frente a un edificio, o ver como el investigado se banquetecía en un restaurante, y finalmente, si andaba con suerte, seguirlo hasta un hotel y esperar las tres horas de rigor antes de tomar unas fotos que retrataran la infidelidad.

Una mierda, pensó mientras salía del Metro, y sus ojos quedaban prendidos en la vidriera de una heladería. Luego de luchar inútilmente contra la tentación, siguió su camino con un cono de helado entre las manos, aspirando a pulmón lleno el olor a vida distinta que se deslizaba por las calles.

Burguesitas, masculló al entrar en el edificio donde se hallaba la oficina de Arizmendi, y tropezar con un par de muchachas primorosas y perfumadas. Se sonrió al comprobar que su resentimiento continuaba intacto y su autoproclamada calidad de buitre entre palomas, blandida como un estilete, seguía siendo su mejor arma.

Apenas entró a la antesala del despacho de Arizmendi, una secretaria seca y nervuda lo inmovilizó con un grito, mitad reto y mitad desprecio.

—Vengo por el aporte del señor Arizmendi a la Caridad de la Virgen del Sagrado Socorro— dijo de corrido, mientras examinaba el escritorio ocupado por la mujer.

—¿Qué cosa?— preguntó la secretaria con su mejor cara de lechuza encandilada.

—El Sagrado Socorro —repitió Bonifacio.

—No estoy enterada de esa donación— contestó la mujer con el mismo asco que si hubiese estado mascando moscas.

Espejo pensó que era imprescindible sacar a la mujer de la oficina y mirar el contenido de una agenda que estaba junto al fono.

—¿Tal vez en un archivo?— insistió, y cuando la secretaria le dio la espalda para revisar un kárdex, sacó un cortapluma de su impermeable y de un tajo, silencioso y diestro, cortó el cordón del citófono.

—Nada— dijo la mujer.

—¿Por qué no le consulta al señor Arizmendi?— preguntó inocentemente el detective.

La secretaria probó comunicarse por el citófono y no tuvo suerte. Molesta, se puso de pie y se encaminó hacia la oficina de su jefe. Espejo no perdió su tiempo. Sus dedos regordetes cogieron la agenda. Reuniones de sol a sol, comidas con empresarios, inversiones en la Bolsa, tenis y unas citas en la Empresa Moltedo que se repetían invariablemente tres

veces por semana y a un horario poco común. Los ojitos le brillaron y antes de que contara hasta diez, sus pasos se dirigían a ganar el ascensor que lo devolvió al ajetreo de la calle y a un deseo repentino de comer una galleta achocolatada. Reprimió la gula y con aparente despreocupación se acercó al estacionamiento de autos que existía en los bajos del edificio.

—Bonitos autos— le comentó al cuidador.

—Bonitos— contestó el otro. Un muchacho de aspecto pesado y sucio que parecía buscar cada palabra dentro de un pozo muy profundo.

—El del señor Arizmendi es uno de los mejores— agregó Espejo.

—Sí, de los mejores— afirmó el muchacho, mientras indicaba un Mazda verde estacionado a pocos metros de donde se encontraban.

Acababan de dar las dos de la tarde y el sol caía a plomo. Un hombre moreno, alto y delgado, se acercó con paso seguro y se introdujo al Mazda. Cuarentón, pensó Espejo y se le vino a la memoria la imagen de su abultada clienta. Arizmendi y su esposa eran la pareja imperfecta del año, y una infidelidad entre ellos eran tan fácil de imaginar como decir que después del día viene la noche. Satisfecho por lo averiguado, Bonifacio se encaminó de regreso a su oficina, y durante media hora estudió la guía telefónica buscando la dirección de la Empresa Molledo. No existía nada con ese nombre. Espejo sintió en su sobaco derecho ese cosquilleo inexplicable que le daba cada vez que conseguía establecer una pista correcta. Silbó la melodía de "Dos Almas" y abrigándose con su impermeable de un frío imaginario se quedó dormido.

A las siete de la tarde del día siguiente, Bonifacio se encontraba vigilando el auto de Arizmendi. Saludó al cuidador, le invitó un cigarrillo y luego le presentó a Sorrel, un amigo taxista a quién había contratado para seguir adelante con su investigación.

—Raro tu trabajo, Bonifacio— le comentó el taxista mientras aguardaban la salida del empresario.

—¿Qué tiene de raro?

—Eso de espiar a la gente no me parece bueno.

—No, no es nada bueno— contestó Espejo, atacando con su mano derecha una comezón entre las piernas que lo estaba enloqueciendo.

—¿Y por qué lo haces?

—¿Qué? ¿Rascarme o investigar?

—Investigar.

—¿Estás de filósofo, Sorrel? Supongo que es porque canto mal.

—Creo que estás un poco chalado— dijo el taxista.

Cuando Arizmendi llegó al estacionamiento, Espejo dio un codazo suave a su compañero y éste se puso a la siga del Mazda a través de avenidas atestadas de autos. En media hora llegaron a un edificio de departamentos. Espejo se sobó las manos y se entregó con satisfacción a la tarea de hurgar sus narices con un dedo.

—Con otra facha e influencias me nombran presidente— comentó, y el taxista dudó entre frenar

de golpe o cagarse de la risa en la misma cara del detective. Hizo lo segundo, y Espejo creyó que su amigo celebraba el chiste.

—Ya te puedes ir— dijo Bonifacio a Sorrel, cuando el empresario se bajó del Mazda. Enseguida, y antes que el taxista pusiera en marcha su vehículo, tuvo que correr para igualar los pasos de Arizmendi y conseguir entrar en el ascensor. El empresario lo miró de reojo sin que nada de la figura del detective lo hiciera sospechar. Cuando el elevador se detuvo, Espejo le dio la pasada y simulando buscar un papel en su impermeable, ganó la distancia adecuada para seguirlo sin despertar curiosidad. Arizmendi sacó unas llaves de su chaqueta e introdujo una de ellas en la puerta del departamento 1010. "Bazofia", feliz y gordo como un gato, lo vio abrir la puerta y desaparecer. Al salir del edificio descubrió a un costado de la entrada principal una placa con el nombre "Edificio Moltedo". Volvió sobre sus pasos y dio un vistazo a los casilleros postales ubicados junto a la escalera de emergencia. El departamento 1010 correspondía a una señorita de apellido Blandish. Tiro y fama, se dijo, y luego se perdió por las calles del barrio jugando a contar los pasos que cabían en cada cuadra.

A primera hora del día siguiente llamó a Sorrel, y camino al departamento de la señorita Blandish adquirió un ramo de flores.

—¿De aniversario con la vieja?— le preguntó Sorrel al verlo subir al taxi con las flores.

—¿Una minita?— insistió el taxista viendo que Espejo guardaba silencio.

Bonifacio infló sus mofletes, y mudo una vez más, inundó el vehículo con una sonora carcajada.

"Bazofia" había visto muchas mujeres hermosas en su vida. En el cine, en los carteles de publicidad, y sobre todo en las revistas pornográficas que le compraba al Gordo Meneses en la Plaza Almagro. También era capaz de diferenciar un culo grande de otro plano, pero jamás había estado tan cerca de una mujer hermosa como esa mañana cuando golpeó la puerta del departamento de la señorita Blandish. Al verla pensó en Ava Gardner, Virna Lisi, y en la Co-té, una puta de San Bernardo con la cual había hecho el amor por primera vez.

—¿La señorita Blandish?— preguntó, balbuceante.

La morena de ojos negros dijo que sí, con una sonrisa que se expandió por los pasillos, tomó el ascensor, salió a la calle y caracoleó entre los transeúntes como una ola.

—Flores para usted— agregó Espejo, empequeñecido hasta la estupidez, y tardó más de la cuenta en reconocer que la mujer había cerrado la puerta y entre sus manos sólo tenía un par de monedas.

De regreso a su oficina, "Bazofia" ya no era el mismo de todos los días. Le pareció más grande su escritorio, el polvo menos gris, y estuvo largos minutos frente al espejo del baño ejercitando la mejor manera de esconder su abultado vientre. Por la tarde la realidad lo llamó por teléfono. Tenía la voz del hombre pulcro inquiriendo un informe de la investigación. Espejo no quiso decirle nada acerca del departamento ni de la belleza de la señorita Blandish. Su estilo de trabajo le imponía reservar los detalles para el informe final, y desplegarlos en un largo discurso. Gozaba con la impaciencia de sus clientes y con la atención que colocaban a cada una de sus palabras. Se despidió del hombre pulcro con

vagas promesas de éxito y al querer regresar a sus ejercicios de vientre, la idea de cumplir con su trabajo lo golpeó en la cabeza igual que un martillo. Se comunicó con la señorita Blandish y le dijo que era el nuevo secretario de Arizmendi y tenía el encargo de invitarla a cenar al "Danubio Azul". Enseguida llamó al empresario y le contó la historia a la inversa. Lo demás fue sencillo. A la hora convenida los amantes se encontraron en el lugar de la cita, y luego de la sorpresa se sentaron a beber un aperitivo. Espejo, que aguardaba en un rincón apartado del restaurante sin otra compañía que un gran vaso de Manhattan, irrumpió entre las mesas y al momento en que los amantes se besaban disparó su Polaroid con certeza. Luego se escurrió como una sombra, eludiendo a los mozos que el empresario lanzó en su captura.

Poco antes que dieran las diez de la mañana, el hombre pulcro y su patrona entraron a la oficina de Espejo. "Bazofia" había pasado la noche luchando con su conciencia. La imagen de la señorita Blandish se contraponía a cada instante con el mal recuerdo de sus clientes. Al final, los había llamado por teléfono decidido a enfrentarlos y romper la burbuja que envolvía su obeso corazón.

—He terminado mi trabajo— dijo en voz baja.

—Ya era hora, hombrecito— exclamó la mujer, golpeando con sus palabras el bajo vientre del detective.

—¿Y bien?— apuró el hombre pulcro.

Espejo jugueteó un momento con el sobre que tenía en sus manos, y en el cual estaba la foto y la ruina de la señorita Blandish.

—No hay nada— dijo, disfrutando las muecas desencantadas de la pareja, y sin importarle el lugar común de sus palabras, agregó— Su marido es inocente como una blanca paloma.

Más tarde, cuando la pareja se hubo marchado, "Bazofia" contempló por última vez la fotografía. Volvió a ponerla dentro del sobre, hizo una bola y por primera vez en muchos años logró clavarla limpiamente en el papelerero. Después sacó de su escritorio un ajado ejemplar de las "Cartas" de Raymond Chandler y leyó donde decía: "todos los tipos duros son irremisiblemente tiernos de corazón". Se acurrucó dentro de su impermeable, y buscando soñar con la señorita Blandish se durmió hasta el otro día.

Más cerca de Gabriela

¿Lo ves, Gabriela? Como todos los miércoles, Esteban ha llegado puntual. Trae cigarrillos, diarios atrasados y esa infaltable libreta de apuntes que saca de su cotona blanca que huele a desinfectante. Mientras me entrega sus regalos habla del río y sus márgenes pedregosos a los que asegura te llevaron una tarde, hace mucho tiempo atrás, cuando eras la muchacha de la boina gris de Neruda y la primavera se anunciaba en los cerezos florecidos frente a la Facultad. Lo escucho y te niego. No es a ti a quien nombra. Tú odiabas el río porque a su lado dejaste corretear una infancia de té añejo, y su aletear nocturno te llenaba de presagios malignos. Esteban no sabe eso, nunca se lo he podido contar. Sólo te conoce desde la distancia de mis recuerdos y en la foto que conservo junto a los libros que me dejan

tener. Una novela de Salinger y el volumen ajado de "Palabras" de Prevert que me regalaste en la Plaza Almagro, un primero de mayo de banderas escasas y carreras temerosas. El entra y sale de mi cuarto con noticias y regalos. Historietas, estampas de artistas y pastillas verdirrojas que saben a boldo amargo. También con esos papeles multicolores en los que te escribo las cartas que nunca recibes, porque tu madre las guarda celosa de nuestro cariño y de los besos que nos dábamos al despedirnos cada noche. Lo escucho sin poder decirle nada y hundo la cabeza entre los hombros en ese gesto de niño amurrado que bien me conoces. ¿Lo ves, Gabriela? Si sólo estuvieras más cerca, próxima a las caricias de mis dedos, al humo de mis cigarrillos, o en el peor de los casos reducida a la distancia de una llamada nerviosa desde el teléfono instalado en aquel bar donde te vi por primera vez. Ese bar al que llamé "Azul": No por el mar ni por Darío, sino por el color de tus ojos y esa brisa que te brotaba de los labios al sonreír. Fue en una de esas mesas que me declaré repitiendo las frases aprendidas en las funciones del cine "Libertad", antes que te conociera, cuando era el muchacho solitario que atisbaba los juegos clandestinos de las parejas acomodadas en la fila de los cocheros. Pienso que sería más fácil si las distancias estuvieran abolidas. Sobrarían las palabras para revivir la tarde que corrí a buscarte, y tu padre, lloroso, me dijo que te habías marchado con ellos. Que ibas serena, con esa calma para enfrentar los problemas que envidiábamos tus compañeros de universidad. Contigo a mi lado las noticias de las últimas semanas hubiesen tenido un sentido, y no se me habrían antojado tan extraños los gritos, las bocinas y los cánticos que anunciaban la llegada del carnaval; ese que soñamos sin dudas de un modo distinto luego de idear las mil muertes del tirano. Sin embargo, en este cuarto que contiene una cama metálica y un velador alto, y pese a la alegría de

Esteban, sentí el mismo desencanto que experimentaba al llegar a tu casa después de clases, y tu madre me decía en voz baja que estabas reunida con esos amigos que, después de tu partida, también fueron los míos al comprender que a través de ellos me acercaba a tu memoria, a esa luna que se acurrucó en tu pecho cierta vez que hicimos el amor, mientras en las calles estallaban los primeros gritos de protesta, las barricadas y las iras. Al oír a tu madre sentía rabia, y después que a duras penas conseguía dominarla, me dedicaba a responder sus preguntas sobre mis estudios, y aceptaba el té con masitas fritas o galletas de limón que me prodigaba para abreviar la espera. Cerraba los ojos y al abrirlos de nuevo te recobraba envuelta en tu perfume de violetas y esperanzas. Por eso le digo a Esteban que se equivoca y te imagino lejana, vital, con tus ojos llenos de lágrimas, como aquella tarde que supimos que Berta y Andrés se marchaban porque no daban más y querían llenar sus pulmones de todo aquello que no existía a nuestro alrededor. Fue la única vez que te vi llorar, con esa tristeza que se esfumó cuando recibimos la primera tarjeta postal de ellos. Roja, plena de flores y pastos verdes que rodeaban una estatua en homenaje a Garibaldi. Sí, Gabriela, debes saber que conservo esa postal; aquella noche del carnaval la encontré entre mis cosas, y al verla pensé en ti y maldije la soledad de mi cuarto, su pequeña ventana con vista a un patio sin flores ni gatos. Recordé esa fiesta de la victoria que te gustaba imaginar. Ese sueño que a poco conocerte se fue haciendo mío, y en el cual bebíamos vino y tú te largabas a correr Alameda abajo con los pechos descubiertos, a semejanza de la mujer en el cuadro de Delacroix. Quisiera contar ese sueño a Esteban pero no puedo, y él se entristece por mi silencio, me vuelve a conversar del río, del puente Resbalón, y me muestra las crónicas de los diarios que hablan de la gente que después de tanto tiempo, se atreve

a mencionar la falda de mezclilla, la polera roja con la estampa de John Lennon y los zapatos de gamuza con los que saliste de casa. Lo escucho de mala gana y por un momento me alegro que pronto tenga que irse. Cuando eso ocurra volverá el murmullo débil que brota desde las otras piezas, y el dolor de la calle quedará tras las puertas que se cierran cada tarde a las seis. Impotente, muevo la cabeza y Esteban me dice que si persisto en mi silencio no volverá el miércoles siguiente. Me dice que nunca viajaste a Buenos Aires ni a Barcelona; que imaginé tus cartas y que las llamadas de los primeros meses eran parte del juego cruel de ellos. Insiste en el río y en tus huellas nítidas, asegura, claras a pesar del tiempo y de la tierra. Que te olvide y asuma el pasado, me pide, para que abandone el cuarto y vaya a la casa de unos parientes que han instalado una fábrica de pasteles en el sur. ¿Cómo podría olvidarte Gabriela? Nunca te dije adiós y por eso sé que cualquier día de estos te sentiré llegar por el pasillo, bella como sólo pueden serlo las enamoradas en el reencuentro con sus amantes, sonriente al hablarme de un café en Buenos Aires en el cual algunos poetas escriben sus nombres en las mesas y existe un violinista ciego que cada noche al término de su función se coje del brazo de una anciana rubia y se aleja caminando lentamente por las empedradas callejuelas de San Telmo. Así son las cosas, Gabriela ausente. Esteban no las comprende, insiste en mencionar el río, uno de los puentes que atraviesa el Mapocho, y anota frases incomprensibles en su libreta que huele a medicamento. El no sabe que una noche tu vendrás a mi cuarto, adolorida de todas esas absurdas muertes que te pertenecen. Que te sentarás junto a mi cama sin hablar, igual que en aquellos momentos en los que te mencionaba el futuro y clavabas tu mirada en el horizonte rojo dibujado más allá de la Estación Central y los edificios de nuestra universidad, adivinando el incendio

que días después consumiría Santiago. No lo supe hasta más tarde, pero aquella mirada fue el anticipo de ese vacío que brotó con tu ausencia, y que inútilmente traté de llenar gritando por las calles, hasta que los labios se me transformaron en sed, y la sed en la rabia que ellos, los que te llevaron, quebraron al hacerme conocer los oscuros pasajes de tu viaje, en medio de grandes estruendos, dolores ignorados y lágrimas que no pude verter. Un dolor del que regresé despojado de esas palabras que Esteban quiere escuchar, limitado a pronunciar tu nombre y el de tu boina gris que se posaba en mis hombros a imagen de una mariposa desorientada. Deambulé herido por las orillas del río. Buscándote, aunque sin las noticias de Esteban ni la certeza de este instante, no podía saber que mis pasos estaban próximos a tus huellas, y que me hubiese bastado arañar la tierra para recobrar tu rostro. Después, mucho más tarde, me encontraron los nuevos amigos, inventaron un nombre con el cual llenar las fichas y me asignaron este cuarto donde espero tu regreso y las visitas de Esteban. Tal vez un día él se olvide del calendario o de sus deberes. Quedaré a solas con las puertas que se cierran, los gritos de los vecinos y mi deseo de pintar un retrato tuyo, pendiente hasta el instante en que recupere el exacto color de tus ojos. Ahora tú entiendes que no pueda hablar y me suma en este silencio que me agrieta. ¿Lo ves, Gabriela? Ha llegado Esteban, despliega un diario que trae impreso tu rostro y me habla del río y sus márgenes pedregosas.

El regreso de Senkovic

La historia se la oí al abuelo en dos ocasiones, y en ambas me quedó la impresión que el alcohol lo obligaba a más palabras de las deseadas. La primera fue durante la celebración de un cumpleaños. Cumplía siete años y mi nariz apenas sobrepasaba el alto de la mesa sobre la cual se posaban los vasos de caña y los naipes raídos del truco. Fue en 1913, dijo el abuelo, alisando el cabello cano que aún le tapaba la frente. El hombre —al que llamaba Senkovic— llegó esa mañana de enero en un vapor que había demorado algo más de un mes en unir el puerto de Santos con Punta Arenas. La ciudad era entonces un caserío avivado por el comercio y las lenguas entrecruzadas de los inmigrantes. No portaba otro equipaje más que un pilchero de lona gris y sus pasos fueron resueltos para dirigirse en búsqueda del

hotel Kosmos, cuya dirección traía anotada al reverso de un sobre.

—Busco a Lorenza Domic— dijo al hombre que acababa de inscribir su nombre en el registro del hotel.

—¿La mujer de Roko Bonacic?— preguntó el encargado, buscando en la mirada de Senkovic una confirmación a su interrogante.

—Sí, Lorenza Domic— contestó el yugoeslavo arrastrando las palabras. Su rostro se mantuvo imperturbable y sólo ensayó una sonrisa cuando el encargado, luego de explicarle que ella ya no vivía en el hotel, le alcanzó un papel con una dirección.

He esperado un largo año para llegar y aún puedo hacerlo algunas horas más, se dijo Senkovic, observando a los hombres que bebían en el bar del hotel. Decidió imitarlos y entró al salón buscando un rincón apartado de la barra. Pidió una copa de vino y un cigarro. Mientras le servían, sacó de su chaqueta una billetera de cuero y hurgó en ella hasta dar con una foto descolorida. Se quedó viendo el rostro de una mujer rubia, joven y tal vez bonita. El mozo llegó a su lado con el pedido, pero no se atrevió a interrumpirlo. Senkovic estaba absorto en la foto y sus labios se movían murmurando palabras sordas. Luego de un rato, guardó la foto y extendió sobre el mesón una carta arrugada. La leyó un par de veces y enseguida, dándose cuenta de la copa que le habían servido, la cogió y bebió el vino de un solo y profundo trago. Después encendió el cigarrillo y fumó pausadamente contemplando su rostro demacrado en el espejo del mesón.

Esa primera vez la historia del abuelo llegó hasta ahí. Los ojos se me cerraron y mi cabeza se re-

costó sobre las piernas de mi padre. La segunda vez que oí hablar de Senkovic fue la noche que velaron a la abuela. En mi memoria retenía su nombre y me producía curiosidad recordar que en todas las ocasiones que intentaba hacer repetir su historia al abuelo, su rostro se ensombrecía y un mutismo intransigente se apoderaba de sus palabras. Esa noche sin embargo, mi inquietud tuvo respuesta. El abuelo cerró sus ojos agotados y se puso a hablar con la calma de quien recorre un cuaderno viejo.

Senkovic esperó que las primeras sombras se dejaran caer sobre la ciudad antes de abandonar el hotel. Sólo algunas calles poseían iluminación y eso, unido al lodo que se pegaba en las botas, dificultaba el andar. Frente a la puerta de una casa pequeña se detuvo. Verificó la dirección anotada en el papel que le diera el encargado del hotel y golpeó con energía. Dentro de la casa se escuchó un murmullo de pasos, alguien recorrió el visillo de la única ventana que daba a la calle y al poco rato se entreabrió la puerta.

—Déjame entrar, Lorenza. Soy Boiko —dijo, contemplando a la mujer rubia de la foto. La puerta se abrió por completo y él entró en la casa, recorriendo con la mirada cada uno de sus rincones. La mujer lo vio caminar, observar algunos retratos, y cuando lo volvió a tener enfrente lo invitó a sentarse. Se quedaron en silencio, aquilatando la sorpresa y el temor.

—Recibí tu carta, mujer.

—No debiste venir, Boiko. Ya no te pertenezco.

—Eso decía tu carta, pero no lo creí. Teníamos una promesa. Tú te venías con tu padre y yo después, cuando pudiera.

—Cambiaron las cosas, Boiko.

—No para mí —dijo Senkovic y luego, como si todas las explicaciones estuvieran de sobra y lo suyo fuese un regreso habitual, agregó —Dáme de comer, mujer. Tengo hambre.

Lorenza se dirigió a la estufa y destapó una cacerola. Sirvió comida en un plato y lo dejó frente a Senkovic. Lo observó comer evitando su mirada, y cuando éste terminó de limpiar el plato con un trozo de pan, volvió a hablar.

—Roko no tarda en llegar. Debes irte.

—No viajé tantos meses sólo por un plato de comida.

—Mi padre enfermó apenas llegamos, y al morir quedé huérfana en una ciudad desconocida.

—Aguardaré.

Algo en el murmullo de voces que llegaban desde el interior alertó a Roko Bonacic cuando llegó a la puerta de su casa. Dejó en el suelo el saco de carne que traía después de una jornada de trabajo en el matadero e introdujo la llave en la cerradura.

Los hombres no se conocían, pero les bastó una mirada para entender lo que acontecía. Lorenza intentó acercarse a Bonacic, pero éste, con un gesto le ordenó retirarse a un rincón, se despojó de su abrigo y desde un costado del cinturón extrajo un cuchillo. Se arremangó y esperó a pie firme los movimientos de Senkovic.

Era el instante que Boiko Senkovic se había imaginado cada noche del viaje, y al sacar de su

chaqueta una navaja, le pareció repetir un acto largamente ensayado. Blandió el arma y avanzó hacia su rival. La lucha fue breve. Los filos rasgaron el aire. Senkovic sintió un fuego que abría su hombro izquierdo y la seguridad de su navaja cortando el vientre de Bonacic.

Eso sucedió en 1913. El cuerpo de Bonacic fue abandonado en un sitio eriazo vecino a la casa. Al día siguiente unos peones encontraron el cadáver y la muerte se atribuyó a un asalto. En uno de los diarios de la ciudad alguien escribió una carta protestando por la inseguridad de los ciudadanos y la viuda guardó un año de luto antes de casarse con Senkovic.

Vivieron juntos hasta 1958, año en que mi abuela Lorenza falleció.

Que buena voz se perdió para el tango

al Poli, que propuso el título

Nada puedo hacer, lo del Tano Paulino ya es ley, me digo bebiendo lo que resta del tercer trago de esta noche. El espejo que tengo enfrente me tira burlón la imagen de un rostro moreno y ojeroso que no me hace ninguna gracia. Estoy borracho, lo sé. Lo noto en mis manos que ya no tiemblan y en el maldito recondenado sudor del carajo que convierte mi camisa en una segunda piel, sucia y molesta. Quisiera no pensar, olvidar en lo posible mi nombre, y sin embargo no lo hago, aún ahora que llamo al mozo para que ponga al alcance de mis manos una nueva copa que me llevo a los labios, sintiendo por unos instante el licor que incendia cada rincón de mi boca. Nada ni nadie me apura. No tengo prisa en estos días en que las noches se cierran temprano y en las calles no se ve otra cosa que patrullas

armadas vigilando a los apurados transeúntes. La boite queda junto al bar y falta un par de horas para subir al escenario a cantar esos tangos que desde hace muchas noches repito sin emoción, dejando que las palabras surjan desgastadas, arrastrándose, sin la intención que alguna vez ponía en ellas, y me hacían inconfundible, único, según muchos. Pero eso no me inquieta. Son malas rachas o el desencanto de llevar tanto tiempo en el mismo lugar, repitiendo gestos y sueños, sin acceder a las luces de un gran letrero desplegado a la noche, con mi nombre y mi voz saliendo a repartirse por las cuatro esquinas. Malas rachas que combato aferrado a una buena copa o invitando a la Carmencita a cenar y luego a la pensión donde hacemos el amor sin compromiso, con más desesperación que deseo. Lo importante, lo que hace el licor fuerte y amargo es pensar en el Tano, reconociendo que mis cartas están jugadas en la mesa y que ayer, en una mala noche de ginebra y cigarrillos, las promesas del infeliz de Saldaño pudieron más que un cariño de años, de casi siempre, o para ser preciso de la mañana en que asomé mi cabeza de muchacho por la puerta de su imprenta y mis ojos quedaron maravillados con la máquina ruidosa que arrojaba papeles multicolores. Me veo allí, y aunque no quiero, lo recuerdo. Era el año treinta y cuatro, y maldita sea que recuerdo bien mis ojos curiosos, mi cara sucia, y la timidez que sólo vencí cuando con un guiño cómplice el Tano me invitó a vigilar junto a él la vieja máquina que imprimía los rostros de unos luchadores mexicanos de cachacascán en papeles rojos y verdes. Luego me preguntó el nombre, y al momento de empaquetar los volantes me obsequió unos pocos que aprisioné contra mi pecho protegiéndolos como un tesoro. Me parece estar viendo al viejo Paulino. Lo recuerdo porque en ese tiempo su cabellera aún era rubia, y también porque ocurrió un año antes de la muerte de Gardel. De Carlitos quemado en Medellín, en

una foto que cubría la primera plana del diario que arrojaban por debajo de la puerta del Tano todas las mañanas. Ese día de junio se mostró inconsolable, incapaz de aceptar la verdad. El mismo Gardel al que reconocí cuando el Tano, haciendo un alto en su trabajo, hizo funcionar la vitrola que desde un rincón parecía presidir el espacioso taller. Se sorprendió, y tuve que explicar que si me sabía sus tangos era porque los escuchaba salir desde la radio del café en que me instalaba a lustrar zapatos y, en ocasiones, algún cliente me invitaba una taza de té con leche y medialunas a cambio de un tango que cantaba en medio del silencio de todos los presentes. Tal vez en ese momento Paulino pensó en mis aptitudes, pero no dijo nada y prefirió aguardar otra oportunidad. Sí se interesó por saber más de mí, y mientras compartíamos un plato de comida, le conté que vivía con mi madre y cuatro hermanos menores y que a ella apenas la veía por las noches cuando regresaba de su trabajo. Después, cuando el Tano la conoció, pudo comprender que no eran muchos los cuidados que ella podía darme desde que mi padre la abandonara, y por eso mismo no le fue difícil convencerla un mes más tarde para que me dejara vivir con él en su taller. Con su notorio acento porteño, le contó de su vida en Buenos Aires, de los doce años que llevaba viviendo en Santiago y que no poseía otra fortuna que su esfuerzo cotidiano y esa imprenta que prácticamente funcionaba todos los días del año. Lo recuerdo bien, y si algún detalle no retuve de esa conversación, el Tano se encargó de señalármelo en las charlas que teníamos los domingos, tomando yerbas en un principio, y más tarde, cuando según él ya tenía edad, al calor de unas copas de grapa. Detalles que no desaparecen a pesar de los años, de la misma vida y de los tragos que se repiten esta noche, la última de actuación en el "Sputnik" si se cumplen las promesas de Saldaño, el muy maldito que primero me llenó de

halagos, y luego aguardó el momento justo para interrogarme sobre el Tano y esos diarios que imprime por las noches. Justo cuando al viejo se le ocurrió herirme con sus palabras, aquel último domingo de recuerdos. Y pese a ellas, no entender, no saber detenerme a tiempo es lo que me duele, ahora que ya es demasiado tarde, y el reencuentro en el espejo con mi peinada lustrosa es un puente hacia la tarde que me presenté en el taller con el traje negro a la medida, la humita de seda y la sonrisa de Carlitos que había aprendido a imitar pasando largas horas frente a su foto. Te pareces al *morocho de abasto*, me dijo entonces, quince años después de aquella primera mañana de asombro y papeles de colores. El *morocho chico*, así te llamarán, agregó mirando reiteradamente el vestuario con que llegué esa y otras tardes a la radio, hasta ganar el concurso de cantantes en que participé a insistencia del Tano. Y es que el viejo tiene ojo para adivinar las buenas manos. Sabe esperarlas y se da tiempo, al igual como se lo da con los recuerdos, en especial si se le mencionan las veces que vio a Gardel. Ese es el único momento en que deja de lado su laburo, y con una mirada que parece perderse más allá de los límites de la imprenta, habla de la noche en que su padre lo llevó al teatro Esmeralda, el año diecisiete en Buenos Aires, cuando *El Zorzal* cantó por primera vez "Mi noche triste", y la gente lo sacó en andas de la sala. Esa fue la primera vez, la otra, poco antes de viajar a Chile, fue en el hipódromo de Palermo, viendo correr a *Lunático* conducido por el Legui. ¡Cuánta gente, pibe, y qué emoción!, nunca he visto nada igual, y eso que los años cuentan y los ojos no se cansan de ver pasar la vida, decía el Tano, sin ocultar su nostalgia. Es cierto, me duele recordarlo, y me dan ganas de ser mago y retroceder en el tiempo o en la vida. Borrar con un gesto de mis manos la imagen del espejo, y sobre todo esas horas con Saldaño que ocupé para hundir sin asco los

recuerdos del viejo, su cariño, y esas malditas ideas tuyas que lo hicieron meterse en tanta cosa estúpida y prohibida. Cosas de las cuales Saldaño tenía referencias, de otro modo no habría preguntado ni yo me hubiese puesto a hablar del Tano. Precisamente hablar del Tano, que nunca hizo otra cosa que tenderme la mano; y le gustaba hablar conmigo, verme silencioso en un rincón abrazando la guitarra que me obsequió cuando mi afición por el tango fue tan clara como mi voz en el taller, cada vez que a pedido suyo me ponía a cantar. Esa voz que estoy perdiendo y el Tano escuchó a través de la radio el día que gané el concurso, y en tantos otros lugares a donde llegó a escucharme, hasta entender que mis actos me apartaban a tranco largo de sus sueños. No sé quién se equivocó. El con sus sueños o yo dejándome caer, sintiendo que era bonito estar rodeado de halagos y tener a la mano a esos amigos y minas con las que agoté mi ánimo. Creí que él lo entendía la noche que me dejó salir del taller para irme a un cuarto con la Carmencita o como se llamara la percanta que tenía a mi lado entonces. Morrocho, la vida es más tango que el mismo tango, dijo, mientras me veía hacer la maleta. Lo repitió el primer domingo que llegué a almorzar a la imprenta después de mi partida. Pensé que lo decía por sí mismo, por su soledad, pero el Tano sabía muy bien lo que es el silencio, y mi ausencia fue para él como volver a ponerse una camisa vieja y querida. Llenó sus días trabajando en la campaña de su candidato presidencial. La imprenta se repletó de afiches y de tipos que a la voz de camarada le pedían más y más trabajos. Siempre por el costo del papel y la tinta, ya que el esfuerzo, las noches en vela, eran su aporte. Mi padre me hizo bolchevique y moriré en la línea, decía cada vez que le reprochaban tanta entrega. Después de la elección de su candidato lo vi poco. Como en el tango, la farra, el café y la muchachada me mantenían ocupado, y aunque ya empe-

zaba a ser un recuerdo o uno más en la rodada, algo de cuerda quedaba a mi trompo. Vas para los cincuenta y ya no me hago ilusiones con vos, me dijo el Tano una tarde, y tuve que aceptar que nos habíamos hecho viejos. Sus manos ya no tenían la agilidad de antaño y su cabello blanqueaba. Recuerdo, y me da risa estar pensando con letras de tango. Pensar en imágenes de postal, con madreselvas, siemprevivas y yuyos en flor. Me da risa, pero me duele recordar que eso último lo dijo tres meses después que su imprenta fuera asaltada por una patrulla de milicos que dejaron todo en desorden y se lo llevaron detenido al Estadio Nacional, a donde lo fui a esperar la mañana que lo soltaron, porque hablé con Saldaño, a quien todos sabían metido en su sucio trabajo. Quédate tranquilo, viejo, le dije entonces, y creí que me hacía caso, pero una noche que el toque de queda me pilló cerca de su casa lo sorprendí empaquetando una vez más sus diarios. No te preocupes, tú ya no eres parte de esto, me contestó cuando le hice el reproche, y a la tarde siguiente, mientras tomaba café con algunos amigos, dijo esas palabras que despertaron mi rencor. Se hablaba de mi carrera, y en el momento que comenté un posible nuevo y ventajoso contrato, el Tano Paulino movió la cabeza, y mirándome a los ojos dijo que ya no era tiempo. Como reconociendo un fracaso que parecía ser el suyo propio, agregó: que buena voz se perdió para el tango. Me negué a la idea y abandoné la mesa sin siquiera mirarlo. Sólo ahora pienso que tenía razón. Ahora que ya es tarde y ni las copas me hacen olvidar que en estos momentos Saldaño ya habrá llegado a lo del Tano, y sin decir nada el viejo se sentirá derrotado. No por los golpes de los hombres del Memo Saldaño, sino por mi traición. Lo demás puedo anticiparlo. La caída no se detiene y de seguro las promesas quedarán en nada. No habrá contrato hacia la fama definitiva, sólo copas que abrazaré con ansias cuan-

do entienda que no me queda otra cosa que esos amigos que se acercaban para olvidar sus propias derrotas. "La vida es más tango que el mismo tango", pienso mientras escucho al mozo que me dice ya es la hora, y luego se queda viendo mis pasos atolondrados hacia la boite y el escenario. Este escenario que cruje bajo mis pies cuando oigo las primeras notas que me tira el piano. El micrófono parece más lejano que de costumbre, pero tengo que llegar a su lado y cantar el tango que me exigen la música y el público. Identifico al fin las notas y escucho mi voz que retumba entre las sombras. Esa buena voz que se perdió para el tango, ahora que el Tano Paulino no está conmigo y reconozco que canto "Mi noche triste".

Nunca es tan próxima la felicidad como para tocarla

Cerró el libro al final de un capítulo y miró a través de la ventana. Durante la mañana había intentado leer, hasta aceptar que su mente no retenía nada y la lectura era un ejercicio inútil para apartar sus temores. Estaba solo y esperaba.

El mar y los ojos de Ana es lo único que me resta, pensó. Su mirada se detuvo en los sauces que crecían frente a la casa. El cielo era intenso y gris, y al fondo, unido a ese cielo intenso y gris, el mar rugía poderoso.

Aguardaba el arribo de ella y de los hombres. Recorrió una vez más el horizonte y tuvo la dolorosa certeza de que contemplaba aquel paisaje por última vez. Se observó en los cristales de la ventana

y tuvo miedo. Estaba viejo y cansado. Su cabello negro le caía lacio sobre las orejas, y junto a los ojos las arrugas se estremecían con cada movimiento de su rostro. Lo demás lo adivinaba. La carne se moría, y eso no era nada nuevo. Del pecho le brotaba una tos seca y áspera que le hacía recordar las indicaciones de su médico. Necesitaba aire puro, dejar los cigarrillos, caminar y olvidar las preocupaciones. Le quedaba poco tiempo y se propuso aprovecharlo. Por eso las recomendaciones médicas habían dado inicio al desarrollo de su plan. Un plan estudiado detenidamente, calculando cada detalle a favor y en contra.

Cinco años atrás se había hecho parte de una red de distribución de alcaloides. Un trabajo simple. Semanalmente ubicaba a una docena de reducidos que le entregaban el producto de las ventas. Recibía de cada uno de ellos un sobre oscuro y anotaba en una libreta las cifras. Luego iba a un bar convenido con anticipación portando un maletín sin características particulares, salvo la de contener dos o tres millones de pesos. Se acomodaba junto a una mesa y aguardaba la llegada de los hombre. Siempre eran tres y se acercaban a su mesa con gestos de viejos amigos. Uno de ellos traía un maletín similar al suyo, pero vacío. Daba un breve informe y Salgado, el jefe, pedía al mozo una ronda de whisky. Después se iban dejándole un sobre que contenía mucho menos dinero del que ellos se llevaban. Pensaban dedicarle un tiempo breve, reunir dinero y retirarse. De vuelta de todos los fracasos no pedía mucho para sí, tan sólo levantarse cada mañana con un sentido claro para el nuevo día. En cinco años, nada de eso había conseguido.

Tres semanas antes, los hombres habían llegado como de costumbre. Aguardaron durante quince minutos su llegada. Salgado hizo un par de llamadas

telefónicas y volvió a la mesa con el rostro contraído por la rabia. Morán se había fugado.

Ana era la espera reciente. La conoció el segundo día que llegara a Valparaíso. Había dejado pasar el primero encerrado en el cuarto de la pensión que arrendara con la idea de quedarse dos o tres días en el puerto y luego viajar a Montevideo o Asunción. Sin embargo, después de contemplar las luces de la bahía y de dormir tranquilo una larga noche, imaginó que los hombres tardarían a lo menos una semana en descubrir su escondite tan cercano. Para cuando lo hicieran, pensaba estar convenientemente lejos como para no ver sus rostros.

La pensión daba al mar. Se hizo colocar frente a la casa una mesa de playa y se sentó acompañado de una copa de martini y un libro que comprara en el rodoviario. La brisa marina agitaba las hojas del libro, y a ratos conseguía leer algo olvidándose del ruido de las olas y de su fuga.

La vio llegar por la orilla del mar. Su cabellera roja parecía formar parte del agua, y cuando la tuvo lo suficientemente cerca como para distinguir sus ojos y el tenue color naranja de sus mejillas, pensó que era infinitamente bella y le fue imposible no pensar en Aurora y retroceder en los años hasta verse de nuevo caminando por la plaza Almagro tomados de la mano y diciéndole que la amaba y que, al igual como leyera en una novela de Hemingway, ella era "su único y definitivo amor".

El recuerdo lo hizo sonreír. Aurora era un mal cuadro desteñido y abandonado en un desván con el que de tarde en tarde tropezaba. Alguna vez había sido su esposa. Le costaba precisar el tiempo. Una tarde ella cogió su maleta y abordó un taxi. El no hizo nada por retenerla, sólo dejó crecer a su lado una tranquilidad largamente deseada.

Se pasó la mano por el rostro buscando un insecto imaginario. Estoy pensando mucho y eso es malo, se dijo. Los recuerdos no le importaban, salvo esos recientes que concernían a la muchacha que se acercara a su lado para preguntar por el libro que tenía en sus manos.

—Es una novela de Fitzgerald —le contestó, y ella movió la cabeza en un gesto de ignorancia.

Se miraron en silencio, descubriéndose.

—Me llamo Ana y estoy triste —dijo forzando una sonrisa.

Morán pensó que era hermosa, muy hermosa, y que después de ese encuentro el día no podría seguir igual. Abrió el libro y leyó algunas páginas de él. Durante varios minutos escuchó su voz sin comprender lo que decía. Sólo cuando ella le cogió una de sus manos, tuvo conciencia de haber leído más de la cuenta, y que aquellos ojos enfrente suyo no eran los de Aurora ni él un estudiante enamorado que gustaba de caminar por los parques.

—Es muy tierno —dijo Ana.

—Es sólo Gatsby y su inútil amor por Daisy.

—No digas eso, es bello.

—Si te gusta te lo regalo.

—¿De verdad? Eres muy bueno —exclamó entusiasmada.

—Quizás un tipo cansado que se alegra con tu presencia.

—Es malo que hables así.

Morán calló. No deseaba hablar de sí mismo, pero tampoco apurar la despedida.

—¿Por qué dijiste que estabas triste? —preguntó reteniendo las manos de la muchacha entre las suyas.

—Es por mi novio. Peleamos y se ha ido a Santiago, a la casa de sus padres.

—Volverá. Cuando se ama siempre se vuelve, no importa cuánto duela al orgullo.

—Quisiera tener tu confianza.

—¿Lo quieres mucho?

—Acaba de recibirse de médico y quiere casarse conmigo. Se va a trabajar a Osorno. En un mes más parte y desea llevarme con él.

—¿Y tú tienes miedo y te preguntas cuánto te ama de verdad?

La muchacha asintió con un breve movimiento de cabeza. Morán sonrió satisfecho como cuando jugaba a los dardos y conseguía clavar la aguja en el corazón del tablero.

—Entonces no se trata de una pelea.

—Lo es, y él no piensa volver.

—Ya verás como cambia de parecer.

—Creo que ya no me importa —dijo ella con un enfado irreal— lo odio con todas mis fuerzas.

—Tonterías.

La mañana se fue con ese diálogo, y Ana justo al mediodía. Lo dejó con la promesa de volver. Morán estuvo tentado de contarle que ya no estaría, pero se arrepintió al pensar que eso significaba dar explicaciones que no deseaba, y además, reconocer que ella había removido dentro de sí algo largamente dormido.

Esa tarde se dedicó a caminar por el cerro Cordillera buscando los paisajes más anónimos y desiertos. Observó a las mujeres que custodiaban el juego de sus hijos y a los hombres regresando extenuados y silenciosos a sus casas. Al anochecer entró a un restorán del Barrio Chino y pidió que le sirvieran un plato de pescado al horno y una botella de vino. Estaba tranquilo. La conversación con Ana le había alegrado y confiaba más que nunca en el éxito de su plan.

Al otro día despertó con un fuerte dolor de cabeza. Pensó en una ducha, en arreglar su maleta, desayunar y marcharse de la pensión. Sin embargo, vio el mar calmo y bello y no hizo nada.

Simulando leer un periódico, mantuvo la vista fija en el lugar desde donde viera aparecer a Ana el día anterior. Al reconocer su cabellera desordenada por la brisa, se alegró. Traía los ojos llorosos y luego de saludarlo le contó que no había podido dormir en toda la noche. Ella apoyó su cabeza en las rodillas de Morán, y dejó que éste la acariciara. El la atrajo hacia su pecho y la besó largo en los labios.

Se separaron y Ana se alejó corriendo por la arena. Morán se reprochó la torpeza y volvió a sentir miedo. Observó a su alrededor buscando la presencia de un vigilante, pero sólo estaba un empleado de la pensión que barría la entrada de la casona. Decidió que era hora de partir.

Terminaba de armar su bolso, poniendo especial atención en el dinero envuelto en papeles de diario, cuando la vio parada junto a la puerta abierta de su pieza.

—Fue bello —le dijo Ana.

—Disculpa, no debí...

—Fue bello, pero breve —insistió ella.

—Es todo el tiempo del que disponemos —contestó Morán ofreciéndole sus brazos.

Los días que pensaba pasar en la pensión se convirtieron en semanas, y a pesar de tener conciencia que el círculo se cerraba, dejó arrastrarse por la emoción que le provocaba la presencia de Ana.

Un domingo los vio entrar a la pensión. Seguían siendo tres y de sus caras se había borrado cualquier expresión amable. Se acercaron a la dueña que sacaba cuentas junto a la máquina registradora y le hicieron algunas preguntas. Morán no lograba oírlos, pero no necesitaba hacerlo para saber de quien hablaban. Momentos antes había decidido bajar al comedor y sólo consiguió llegar al inicio de la escalera que comunicaba los dos primeros pisos de la casona. Ocuparon una mesa y pidieron de comer. Los observó durante un rato, calculando las posibilidades que tenía de huir, y finalmente resolvió regresar a su habitación.

Se recostó sobre la cama y prendió un cigarrillo. Pensaba sin prisa. En el velador descansaba una botella de cognac que comprara días atrás. Deseó un buen trago, pero no tuvo ánimo de cogerla. Unos repentinos golpes en la puerta lo sobresaltaron.

—Adelante -dijo en un susurro que no logró atravesarla.

—Adelante, —repitió con fuerza y esta vez la puerta se abrió dando paso a la muchacha que se quedó en silencio frente a él.

—¿Cómo vas? —le preguntó intentando una sonrisa que se quedó a medio camino.

—Fue hermoso —dijo ella como si no escuchara.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Morán. Su voz le sonó dura, lejana.

—Marcos ha vuelto.

—Es sólo eso, ¡Marcos! —exclamó temiendo que Ana se hubiese enterado de lo que le ocurría.

Ella se acercó a la cama y antes que él pudiese incorporarse se tendió a su lado. Sus bocas se buscaron con deseo.

Es casi la felicidad, pero nunca es tan próxima la felicidad como para tocarla, pensó mientras dejaba que Ana lo despojara de su camisa.

Cuando la pieza se puso fría, Ana quiso decir algo pero él reprimió sus palabras poniéndole un dedo sobre los labios.

—No es necesario —le dijo.

Se vistieron. Ana lo miró mientras se anudaba los zapatos y luego abrió la puerta.

—Ahora lo sé —agregó Morán— Tú eras mi único y definitivo amor.

Los hombres habían dejado de comer. Bajó lentamente los escalones y cuando uno de ellos lo reconoció, le hizo un gesto de saludo. Salgado intentó una mueca risueña y Morán se preguntó si llegaría a ver el mar.

Al otro lado de la puerta

La pesadilla, piensa y se toca el vientre con una mano, mientras con la otra sostiene firme el volante del automóvil. La luz roja lo detiene por unos segundos y siente que esa mano le alivia el deseo de vomitar. ¡Carajo de día!, exclama, y temiendo ser escuchado mira hacia el auto que está detenido junto al suyo. Se encuentra con una mirada de mujer que no le dice nada y vuelve a mirar el semáforo en el momento que la luz se hace verde y puede acelerar su vehículo que raudo se adelanta a un bus y gana el espacio necesario para llegar a la Plaza Italia, y de ahí, Providencia, Tobalaba y su casa. La casa donde lo espera su esposa que, más por rutina que interés, le preguntará por su trabajo. Deberá mentir como siempre, decirle que todo está bien, sin nada que valga la pena contar. Sabe que se

engaña, piensa hacer el amor con ella, reconociendo que el deseo existe, pero también está presente lo otro, eso extraño que se resiste a definir y le impide tocarla. Algo que en un comienzo relacionó con las mujeres que él y sus hombres frecuentaban para crear espíritu de equipo, según le habían enseñado los instructores panameños, pero que después se dio cuenta era por otra cosa. Sentía las manos sucias, y sólo pensarlo lo alejaba de ella por las noches, y en ese momento, lo devolvía bruscamente a ese día en que todo resultara tan mal. Y a pesar que el jefe le dijera que no se preocupara pues no era la primera vez que se fracasaba con la información, sabía que estaba fallando, y eso le molestaba tanto o más que la pesadilla. Por lo demás, se dijo a modo de disculpa, nunca me ha gustado trabajar con esos tipos de los sindicatos. Lo complican todo, se resisten, cuesta convencerlos, y uno se da cuenta que para ellos perder un poco más no tienen ninguna importancia. En cambio Benavides, su ayudante, se entendía bien con esa gente. Apeataba igual. Por eso sabía como tratarlos; cada vez que se presentaban era el primero en recibirlos, y desde ese instante superaba a todos los del grupo, ya que nadie lo hacía mejor que él. Sí, le molestaban los tipos de los sindicatos, y más aún Benavides. Le quitaba limpieza al trabajo, porque no era de su clase ni un profesional como él y sus otros compañeros. Benavides venía de abajo, de ninguna parte, un don nadie capaz de lamer cualquier culo con tal de trepar. Y sin embargo lo necesitaba para el trabajo que había aceptado como uno más de los tantos que se le encomendaban. Un simple cambio de labores que con el paso del tiempo hizo aparecer en sus manos eso pegajoso que no se borraba. Y lo peor de todo, esas pesadillas que no lo dejaban dormir, obligándolo a levantarse cada mañana con la cabeza apesadumbrada, llena de sopor y de imágenes que sólo se borraban con el transcurso de las horas. El tránsito se hizo fluido y pudo

manejar con comodidad, mirando a ratos por la ventanilla del auto las luces de los negocios. Deseó tomar un trago, pero desechó la idea. El trago significaba la continuación de la pesadilla. El necesitaba cerrar la puerta que lo comunicaba con su trabajo, y para eso lo mejor era llegar pronto a la casa, conversar con el invitado que le anunciara su hija la noche anterior, comer algo liviano y tratar de dormir. Pero el fracaso desdibujaba sus planes. A pesar de que el jefe no usara un tono de reproche, el que lo asignaran a un problema de estudiantes universitarios le parecía un castigo por su debilidad. Mañana hablamos de los detalles, le había dicho, y él a su vez lo repitió a Benavides y a los demás hombres. Nadie preguntó nada. Ni tenían por qué hacerlo, se respondió. Cumplían órdenes convencidos de ser parte de un gran trabajo. Recibían un caso, lo estudiaban y luego se distribuían las tareas. El resto era esperar el instante preciso, y mientras éste llegaba conversar de fútbol y mujeres. Eso era lo que hacían. Hablar de cualquier cosa que no fuera trabajo. Este se realizaba oportunamente y después se trataba de olvidar. Sin embargo, aunque por distintas razones, ni él ni Benavides olvidaban. Mientras él sentía que sus manos sudaban cada vez más, Benavides se refocilaba recordando uno y otro caso. Recordaba detalles, descripciones, fechas, cada palabra que decían los entrevistados. Repetía todo con enfermiza precisión, y cuando él, asqueado de escucharlo, le ordenaba callar, Benavides dejaba en el aire su sonrisa sarcástica que sin palabras le decía que estaba al tanto de todo, y en ese todo incluía sus pesadillas. Las pesadillas, pensó, y se dijo que desde esa mañana ya no eran muchas, sino una sola, concreta y precisa. Empezaba con una imagen, un rostro de muchacho le hablaba amigablemente, parecía reconocerlo, mientras Benavides o su sombra se preparaba en un rincón de la sala. Todo se iniciaba ese día a media mañana, cuando después de

reportarse con su jefe salió a beber con sus hombres. Luego había vuelto al despacho para dormir una siesta. Ahí la imagen se hacía nítida. Alguien dentro de la pesadilla despojaba al muchacho de la venda que le cubría el rostro, y en ese mismo momento se encendía una luz que lo cegaba y hacía parpadear, luego de lo cual el muchacho lograba mirar, y al verlo a él le sonreía. Le sonreía como quien reconoce a alguien muy querido, y además lo llamaba por su nombre. También estaba dentro del foco y Benavides observaba, señalándole que por primera vez lograba quedar a cargo del trabajo, y él no tenía otra alternativa que alejarse de la luz y permitir que la pesadilla dejara de ser una imagen clara y se convirtiera en figuras girando sin sentido. Los gritos rebotaban en su cabeza y en medio de ellos, una voz débil diciendo: no me conoce, soy Andrés. Sintió que lo remecían de los hombros. Abrió los ojos y reconoció a Peña, su secretario. Le dijo que lo disculpara por despertarlo, pero había oído sus gritos, y pensando que se encontraba mal, concurría a auxiliarle. Sólo un poco, le respondió, y enseguida le encargó una taza de café. Al rato Peña volvió con la bebida y con unos documentos para que él los firmara. El informe sobre las actividades del mes, le dijo, tendiéndole una carpeta en la que buscó las hojas con su nombre. Firmó con desgano y devolvió la carpeta al subalterno. Este quedó mirándolo y comprendió que su rostro acusaba la ebriedad. No ocurre nada, se nos pasó la mano con los tragos, le comentó. Peña rió comprensivo e hizo amago de retirarse, pero él le preguntó algo sin importancia. Deseaba retenerlo unos minutos más. Escuchar alguna voz, mientras las imágenes se diluían, y sobre todo, no estar solo. Luego de doblar en una esquina consultó su reloj. Estaba bien con la hora, pensó, recordando que había prometido a su hija estar en la casa para la cena, donde ella le presentaría a su nuevo pololo. El tercero desde que ingresara a la

universidad, y que esperaba no fuera tan extraño como los anteriores. Uno no hablaba nada, y otro sólo lo hacía de fútbol. Se rió. Pensar en su hija lo alejaba de la oficina y de la pesadilla que recomenzara apenas Peña lo dejó solo con ese sueño que lo fue venciendo hasta reconocer las figuras de la primera vez, y la voz de Benavides diciendo que seguían con mala suerte. El muchacho estaba dando más problemas de los previstos, y era necesario insistir, y tal vez llegar a otras cosas, porque inexplicablemente lo había reconocido y repetía insistentemente su nombre. Mi nombre, le preguntaba a alguien que ya no era Benavides, sino una sombra que le respondía a gritos. Gritos que antes escuchaba sin prestar atención, pero esta vez lo obligaban a atravesar una puerta e impartir órdenes que no deseaba. Todo era demasiado claro, pensó mientras estacionaba el auto y bajaba a abrir el portón del garaje. Estaba en su casa y eso lo reconfortaba. La pesadilla no atravesaría el portón. Las imágenes, el rostro del muchacho desconocido no lograrían seguirlo, porque ahí empezaba su otra vida, donde podía reír despreocupadamente sin impartir instrucciones, sin escuchar gritos ni sentirse vigilado por las miradas de Benavides. La pesadilla se irá, se dijo mientras cruzaba la puerta y llegaba al calor de la casa. No tenía de qué preocuparse. Ya antes había sido igual y el rostro del joven se cambiaría por otro y ese otro a su vez también se iría borrando con cada nuevo trabajo. Cerró la puerta y escuchó a su hija que lo llamaba desde el living. Se veía feliz cuando llegó a su lado. Luego de saludarlo con un beso le dijo que lo aguardaba su pololo. Te encantara, agregó, y él contestó con una sonrisa que, pensó, era la primera del día. Caminaron hasta la sala, y al entrar en ella vio al joven nervioso poniéndose de pie y alargando una de sus manos para saludarlo. Este es Andrés, dijo su hija, y él quedó con su diestra a medio camino. Reconoció el rostro pálido y se sintió cansando. Deseó

que alguien viniera a despertarlo, pero se dio cuenta que no dormía.

Muchacho sin ocupación

Tengo la certeza de tres cosas: que aquellos eran días malos; que la vieja, la cabrona, la muy amable señorita Rita me caló desde el vamos, y que uno propone y al rato siguiente dispone como bien le da en ganas.

Eran días malos. Continuamente tenía hambre, mariposas en el estómago, y mis pies amenazaban con dejarme caer en cualquier momento. Llevaba seis meses cesante desde que saliera del liceo y a diario recorría las calles del centro correteando un aviso de *El Mercurio* con la esperanza de conseguir un pequeño oficio, una porquería de trabajo que me diera para pagar la pensión, la mala comida del matadero y una que otra cervecita al caer la tarde para no sentirme tan solo y miserable. No era buena vida. Quizá ni siquiera una vida decente, pero respira-

ba, y eso, aunque no siempre se esté seguro, ya es algo.

Hasta el instante en que la señora Rita me vio llegar a mi cuarto y me saludó con ese ¿Cómo está vecinito?, me las había arreglado con la venta de mis discos rock y uno que otro pololito pasajero y sin importancia. Estaba en el fondo, oliendo los peores aromas del mundo, y a diario algo de pavimento caliente del Paseo Huérfanos se me pegaba en los pies, en especial cuando me detenía frente al Burger con muchas ganas de beber cerveza y de tirarme a una de las tantas minas que pasaban a mi lado moviendo con indiferencia sus apretados culos. Las buenas tetas y las piernas suaves pasaban unas tras otra, y yo me ponía a cada rato más sediento y caliente. Y siempre sin un maldito peso en el bolsillo. Ni para cerveza ni para encatarme con alguna patín en liquidación de temporada. En los diarios destacaban un nuevo triunfo del Colo-Colo, la muerte de una profesora en la estación Los Héroes del Metro y los éxitos de la política económica. Leía los titulares y ninguno quedaba retenido en mi cabeza por largo rato. Un enano interior me decía que todo eso no era más que una enorme y hedionda bola de mierda. Tan sólo pensaba en un puestecillo de oficinista con paga fija una vez al mes que me permitiese llegar tranquilo a mi cuarto a beber un trago y tratar de escribir un jodido cuento. Sí, porque en ese tiempo deseaba escribir cuatro páginas buenas y después dedicarme a recibir todos los premios del mundo unidos. Lo demás me importaba un soberano pepino. En fin, y para abreviar, estaba en eso y en nada. Soñaba y soñaba. Padecía hambre y de tarde en tarde escribía un poco, pensando en el libro que me traería dinero y minas. Nada nuevo, nada original. Sólo el deseo de estar en otra parte.

Esa tarde —la tarde de las certezas— regresaba

a mi cuarto chutecando la piedra mental más próxima, maldiciendo no haber encontrado un amigo que me invitara a un schop helado. Durante la mañana había estado en una imprenta juntando montoncitos de papeles amarillos, rojos y verdes, pero la paga no me la darían hasta el fin de semana. Al llegar frente a mi puerta tropecé con la sonrisa boca pintada de la señora Rita y ese ¿Cómo está vecinito? alargado más de la cuenta. Le contesté acudiendo a los buenos modales que en su momento me enseñaron en el liceo fiscal al que asistí, y sin dejar de pensar en qué demonios se traía la vieja entre sus manos o peor aún, entre piernas, con tanta simpatía desplegada. De ella, para ser franco, no sabía mucho ni me interesaba. Digamos que era como el buzón de correo que se encuentra en la esquina todas las mañanas, y al cual a nadie se le ocurre saludar o preguntarle por la salud. Mis amigos del bar comentaban que la vieja recibía una pensión de su marido fallecido y que sus ingresos extras provenían de cierta trata que efectuaba para surtir de muchachas los topples y casas de masajes del vecindario. O sea, era una cabrona y punto.

Del saludo pasó a preguntarme por mi trabajo, lo cual me pareció un silbido de alerta. Para nadie en el edificio constituía un misterio que mi balanza de pagos estaba para la patada y el combo. Me quejé treinta segundos, y llenó el minuto siguiente de estupideces como Dios proveerá, mañana será otro día, hay que dar tiempo al tiempo, al ídem malo buena cara, no hay mal que dure cien años y éste es el año decisivo. Después de eso no quedaba más por decir, salvo esperar con la resignada esperanza del enano que pelea con un tonel de noventa kilos y aguarda un segundo preciso para clavarle en la pera un puño de hierro. La oportunidad llegó con una invitación a servirme la once en su cuarto y no la desaproveché.

Luego del café con leche, los canapés de palta y jamón y un par de contundentes trozos de torta, llegó la hora de las piscolas y con ella de nuevo la sonrisa boca pintada de la señora Rita diciéndome: Usted no está mal vecinito, tiene buena figura. ¡Te van a pescar de las bolas, Tamayo, me dije tratando de adivinar el momento en que la veterana se me tiraría encima. Pero me equivoqué medio a medio. Lo que la señora Rita hizo fue hablar de negocios. Tenía contactos con una casa que precisaba varones con ánimo de tratar bien a ciertas señoras escasas de cariño, y como me encontraba sin trabajo y la percha me acompañaba, había pensado en mí con toda la generosidad del caso y sin dejar de pensar en su comisión. Cerramos el trato con un trago de pisco y un cheque para proveerme de una buena tenida. El resto vendría a su tiempo. Sin duda la vieja, la cabrona, la muy amable señora Rita me caló desde el vamos.

Al otro día me levanté con la intención de mandar a la cresta a la señora y ocupar el cheque en un restorán. A medida que me duchaba, y como si la intención hubiese sido de barro, fui cambiando de idea, y cuando me encontré en la calle mi único norte fue una buena tienda de ropa.

Por la tarde la señora Rita me llevó al trabajo. Golpeamos en una casona pintada de verde y un afeminado que llevaba puestos unos ajustados pantalones rojos me recibió emitiendo cada diez segundo unos chillidos de mono en celo. Las cosas no iban nada de bien pero con el sobrante de las compras me había dado unos reconfortantes toques de gin con gin, y por lo tanto, ánimo tenía.

Media hora más tarde me hallaba en una salita alfombrada, en traje de baño y acompañado de dos tipos de más o menos de mi edad. En las paredes

había empotrados unas especies de espejuelos de colores. El tipo de nombre Mario me informó que a través de ellos observaban las clientas para escoger al muchachote de sus sueños, y enseguida agregó: cuando te toque piensa en la mejor mina que te hayas tirado, en nada más. No mires, no compares, piensa en la mejor mina del mundo y actúa.

En su momento tuve que reconocer que el consejo era bueno. Llevaba más de una hora sentado en el mismo sitio. Habían llamado dos veces a Mario y al fulano que se llamaba Claudio, una. La cosa parecía simple. En la habitación se encendía una luz verde y a través del parlante ubicado en una esquina, la voz del encargado nombraba al elegido. Al grupo inicial se sumaron tres nuevos sujetos que luego de presentarse dando nombres que de seguro eran falsos, se pusieron a fumar y a beber coca cola. Daban ganas de mandarse a cambiar, pero después de todo el esfuerzo no era mucho y el administrador había hablado de una paga fija, al margen del porcentaje que obtuviera por cada llamado. Al final, y cuando en la sala no quedábamos más que dos, yo y un rucio regordete que de tanto en tanto se introducía un dedo en la nariz, se encendió la luz y escuché mi nombre reproducido en el parlante.

La mujer que aguardaba en la pieza se dio cuenta de mi confusión y esperó unos segundos con la calma de quien sabe tiene la sartén por el mango. Intenté un movimiento, un paso que se hizo torpe. Al contemplar el espejo que cubría el cielo raso vi que mi cuerpo apenas parecía sostenerse sobre mis dos piernas temblorosas. Busqué el auxilio de la luz que brotaba desde un rincón y entonces pude ver. Estaba recostada sobre la cama en pose de maja carcomida. Era una señora muy vieja y con unas tetas enormes. Su boca arrugada y roja se movió en un gesto que debió ser una sonrisa. ¡Ven querido, ven

a mi lado!, dijo y me acordé del consejo de Mario. Con todos mis sentidos pensé en Clara, la vecinita rubia que a los quince años me tirara una noche de fiesta. Recordé sus tetitas pequeñas y suaves, sus pelitos rubios entre las piernas, su temblor cuando pasé entre ellos un dedo intruso; y mierda, avancé hacia la señora y la dejé que me tocara con sus manos huesudas y ávidas. Que acariciara mi pecho y buscara con sus dedos bajo mi pantaloncillo una pichula larga y flácida que ni por nada del mundo deseaba ponerse dura. ¡Vieja sucia, vieja de mierda!, pensé gritarle, pero a ella le daba lo mismo lo que pensara, porque estaba muy entretenida con mi pija entre sus labios, jugando al chupa y endurece con decisión, acariciando mis bolas con dedos sabios y consiguiendo una erección magnífica que disfruté largo rato en el fondo de su boca. Demonios, fue como si todo el gin de la tarde se hubiese convertido en un deseo inevitable de vomitar, pero sin conseguirlo. Pensé entonces que lo más difícil estaba hecho y sólo restaba algo de meneo suave y balanceado. La señora también lo entendió así; se dejó caer de espaldas y abriendo sus piernas se hizo cabalgar largo rato, al tiempo que me insultaba de la manera más terrible. Cuando sentí que me corría y los gritos de la vieja se hicieron insoportables abandoné mi sitio y salí de la pieza en busca del baño más próximo. Vomité largo y ruidoso. Luego recuperé mi ropa, cobré mi paga y salí de la casona dispuesto a llenarme de cerveza y no volver nunca más a ese lugar.

Diantres. Es cierto que uno propone y al rato siguiente dispone de cualquier manera. Esa noche regresé a la pensión y no salí de ella en dos días. Bebí seis botellas de vino y tuve una pesadilla en la que me acostaba con una Isabelle Adjani vieja y enferma. Al tercer día se me terminó el dinero y luego de controlar la resaca, conseguí hablar con la señora

Rita para que me diera otra oportunidad en la casa.

Ahora trabajo hasta las seis de la mañana. He aprendido mi oficio, como bien y bebo buenas cervezas. No me caben dudas de que uno se acostumbra a todo. Lo demás es literatura.

Oficios de la época

Lo veo por primera vez. Sentado, descansa con su brazo derecho apoyado en el respaldo de una silla. Sus ojos parecen fijos en algún punto de la sala, y cuando se percata de mi presencia me estudia antes de hablar. No es día de visitas, y está solo en la pieza, rodeado de un silencio que se podría cortar con un cuchillo. Parece tranquilo, y de no ser por el guardia que lo vigila tras un ventanal, diría que se encuentra en un café a la espera del servicio. Lo observo repasando la imagen que de él me hiciera ayer en la tarde, cuando Castro —el jefe de crónica— tiró sobre mi escritorio la primera plana de un diario de la competencia. Necesito una buena historia de eso, me dijo, y aguardó a que leyera la noticia. "Torres murió simplemente porque se encontraba allí", decía el último párrafo. Luego de leerlo

pensé que en los tiempos que corrían, dos muertos a sangre fría no era algo que me estropeará el desayuno. Intuí que si Castro había hecho el sacrificio de salir de su oficina era porque algo olía mal entre líneas. Te conseguí autorización para la entrevista y Olivares está de acuerdo, agregó. No tengo nada que ocultar, me dice desde un comienzo, adivinando la desconfianza que se me escapa por los poros, y pienso que no resta más que oírlo reconstruir su versión de la noche aquella. Olivares se detiene frente al Club, mira su reloj y con paso rápido cruza la amplia puerta de entrada. Llega atrasado, y lo prefiere así, para enfrentarlo sin tiempo de sobra que lo haga pensar. Se detiene en el comedor a esa hora muy concurrido, y en un rincón descubre a Quintul y Torres que lo esperan. No contaba con la presencia de Torres, pero cuando lo vi decidí aceptar las cosas tal cual venían y no variar mis planes. Quintul y yo nos saludamos con afecto, como correspondía a los viejos amigos que éramos desde la Escuela. El de dos promociones anteriores, hombre ya formado cuando a mí no me crecía ni pelo en la barbilla. Pero de todos modos amigos, provincianos los dos, unidos los fines de semana en que nos dejaban de franco y éramos los únicos parados en la puerta sin saber qué rumbo tomar. Así nos conocimos, y de ahí casi todo lo hicimos al mismo tiempo. Todo menos salir de la Escuela, casarnos y aceptar el trabajo extra, ese que decía hacer por la patria, sin dejar de reír de oreja a oreja. Comieron con ganas esa noche. Bebieron fuerte, como lo hacían cada vez que se juntaban, aunque Olivares se midió, saltándose vasos de vino, mojando sus labios sin beber, jugando más de la cuenta con el hielo del wisky después del café. Hablaron lo de costumbre. Recuerdos de la Escuela, de los primeros trabajos en conjunto y, de tanto en tanto, unas bromas que Torres no entendía. El era de otra esquina, y si algún mérito tenía era el de

haberse aparecido en un momento determinado con su vehículo disponible para todo trabajo a cambio de una buena paga. Hasta podría haberme divertido si no hubiese sido por el peso de la verdad. Creo que hasta quise arrepentirme, pero miré a Quintul y me convencí que lo entendería. No existía nada personal, sólo negocio, y sino era yo vendría cualquier otro. Eso él lo sabía y el jefe también. Se salió de la causa y anda hablando más de la cuenta, me dijo, mientras anotaba el nombre de Quintul en una hoja. No necesito decirte nada más, tú sabes Olivares cómo son las cosas, cómo protegemos a los nuestros, y que nadie se sale sin consentimiento, agregó rayando el nombre escrito un rato antes. Esto último lo recuerdo sin decírselo al periodista. Hablar con él también es una orden. Teje tu historia, hazla firme y con detalles y te sacamos del lío, me dijo el jefe ayer cuando vino a contarme de la entrevista. Parece muy seguro de lo que dice, pero Olivares no se engaña, pienso mientras voy tomando algunas notas. Cree estar metiéndome el dedo en la boca, como si yo fuera un mocoso al que embaucan en un plato de flan. Y sin embargo debo creerle, aunque se confunda en su relato y sin proponérselo me cuente que la cita con Quintul estaba preparada y no fue casual como decía la noticia del diario. Llamó a Quintul y se pusieron de acuerdo. Torres llegó de casualidad. Se encontraron en el centro con Quintul y éste lo arrastró hasta el Club. Le gustaba andar acompañado, tener alguien cerca que lo escuchara reafirmando sus ideas. Tal vez por eso me ofreció trabajar con él cuando supo que me darían de baja por lo del balazo que astilló mi rodilla y me hace renguear. No se equivocó en su propuesta. No renuncié cuando él lo hizo. Entendí que una vez adentro es imposible arrepentirse. Cuestión de estómago en definitiva, porque a la larga el trajín para el cual a uno lo entrenan es el mismo. Quintul lo sabía, y por eso no entendí su cambio de opinión. No, no es

para anotarlo en la Biblia —me dijo la vez que conversamos de ello— pero qué quieres, Olivares, hace rato que para nosotros pasó la primera comunión; y si pagan bien, da lo mismo que sea contra rojos o patos malos. Miente, pienso mientras sigue dándome detalles insignificantes de la comida. Repite su libreto, y si se lo digo después a Castro, saldrá con eso de, qué te asombras Peña, sabemos con qué tinta se escribe la historia oficial. Y luego dirá que no hay que avinagrarse los riñones más de la cuenta y menos correr el riesgo de perder la pega. Estaban ebrios cuando salieron del Club. Quintul insistió en seguir con los tragos en un cabaret, y Torres no perdió puntada, avivando la iniciativa con una larga lista de direcciones donde rematar la juerga. Los seguí porque estaba en el juego y no podía actuar de manera diferente a otras veces. Después de todo, ahora que desarrollo mi cuento para el idiota que mandaron a entrevistarme, todo eso da más consistencia a mi historia, la cual no sería necesaria de no ser por ese testigo que apareció detrás de no sé qué maldita ventana. Los sucesos —anoto en mi libreta— ocurrieron luego que los tres amigos abandonaron un sitio de diversión nocturna a altas horas de la madrugada. Nos subimos al taxi de Torres y estuvimos dando vueltas sin sentido, discutiendo dónde seguir la fiesta. Si no daba un corte a lo que pasaba, los tragos se apoderarían de mi cabeza y no sería capaz de cumplir con el encargo. Pretexté trabajar a primera hora y fue peor. Quintul me hizo reproche de haberlo abandonado, y sus gritos parecían desestabilizar aún más al auto. La discusión prometía ser larga, pero Torres se interpuso deteniendo su taxi para decidir qué hacer. Quintul se tranquilizó y comprendí que llegaba mi turno. Despacio, protegido por la sombra del vehículo, Olivares sacó la pistola que guardaba en un bolsillo de su chaqueta. Comprobó que la bala estaba en su sitio, pasada, haciendo un breve ruido metálico que Quin-

tul alcanzó a percibir. Miró a Olivares sin lograr decirle nada. La bala le dio en medio del corazón. Se escuchó un quejido agudo y su cuerpo se dobló en dos golpeando la frente en el portaguantes del auto. Torres tampoco pudo reaccionar. El proyectil se metió en un costado de su ojo derecho. Su cabeza se estremeció y luego rebotó contra el respaldo del asiento. No tuve necesidad de comprobarlo. Lo único que se agitaba al interior del taxi era mi respiración. Esperé a calmarme un momento, volví a meter en mi chaqueta el arma y salí a la calle. No sé porqué pasó, me dice Olivares, apartando su mirada, y pienso que no tendría que escucharlo de no ser por el testigo que lo vio salir del auto. Un vecino del lugar que no quiso identificarse, y con el cual logré hablar ayer después de muchas averiguaciones me informó que al escuchar los disparos se asomó a la ventana de su casa para ver lo que pasaba, y vio un auto detenido con las luces encendidas. Al cabo de un rato —me dijo— descendió un tipo de unos cuarenta y tantos años, que vestía pantalones grises y una chaqueta oscura. Caminaba con dificultad, arrastrando una pierna. Asustado, el testigo alertó a otros vecinos, ninguno de los cuales se atrevió a entrar en el auto ni a denunciar de inmediato los disparos a Investigaciones. Sólo en la mañana decidimos llamar a Carabineros, ya que como del taxi salía el ruido de una radiotransmisor, pensamos que se trataba de un asunto de ellos.

Tal vez ni siquiera debiera hablar con usted, ya que uno hace la denuncia y lo terminan encanando. Corrí unas cuadras, hasta tomar un bus que me llevó a mi casa —le digo al periodista— e insisto que solamente por los tragos se explica lo hecho; siento que él no me cree, y en verdad me da lo mismo, lo que de verdad me molesta es haber perdido el control. Lo supe cuando luego de dormir un par de horas escuché las noticias de la radio. No me quedaron dudas al llegar el jefe a casa para decirme

que me habían identificado, y los ratis no demoraban en detenerme. Te vieron en la calle y te equivocaste al escoger el Club como punto de reunión —me dijo— y enseguida agregó que no me dejaría solo. Escucho sus justificaciones y con mi posterior silencio pongo término a la entrevista. Ya no necesito preguntar nada más. De seguro Castro tendrá que corregir mi artículo. Pensaré que estoy cansado y necesito unas semanas de vacaciones. Me pongo de pie y me despido del periodista. Le hago una seña al guardia y éste llega a buscarme a la puerta. No hay nada que temer, el jefe sabe como sacarme del embrollo.

La noche que Villablanca ganó el título mundial

*A la memoria del que te dije.
A él, que sabía de cronopios y boxeadores.*

"La Bestia Negra" —recuerdo que dijo el "Tani" Cuevas, mientras miraba mi rostro lleno de asombro, al igual que el tuyo, ahora que me miras risueño y dices —a ti no más se te ocurren estas cosas— y trato de explicarte lo extraño que resulta encontrarse entre tantas palabras que el tiempo pone entre sí, con un nombre que no tendría que decirme nada, y sin embargo está ahí, presente, como esa lluvia irreal que sigue descolgándose por las ventanas después de varios días de lluvia; o ese rostro que tengo la certeza de conocer, sin saber si proviene de las conversaciones que tenía hace diez años con el "Tani" Cuevas, el que en ese tiempo se encargaba de repartir volantes de propaganda de un circo de mala muerte, llevado aún de la mano de su manager, "El Pulpo" Correa, quien a su vez se las oficia-

ba de hombre músculos, convenciéndose a diario que el boxeo no daba para comer, y que no le quedaba más remedio que acarrear de pueblo en pueblo a su pupilo, una vez que "La Promesa de la Frontera" dejara de serlo, vapuleado en todos los cuadriláteros, y sin interés más que para los tipos ansiosos de conocer anécdotas de bajo fondo pugilístico —o de esa foto que encuentro mientras hojeo la Revista "The Ring" que me pasa el poeta Teillier— y me encuentro cuerpo a cuerpo con el rostro de aquel negro que conociera una noche de junio hace justo un año, la noche que Villablanca ganó el título mundial— y no sé si echarle la culpa a la memoria que empieza a hacerme una zancadilla, o al whisky que lentamente se me ha ido pegando en la boca, al tiempo que me vienen ganas de fumar, y Lester Young —que a ti tanto te gusta— me chicotea el deseo del tabaco desde la radio cassette que nos presta Rita, hace justo un año, la noche aquella que llegué a su casa pidiendo una taza de café cargado y aspirinas, porque la cabeza me dolía como si los golpes de Serrano los hubiese recibido yo en vez de Villablanca.

Esa noche que comenzó temprano. Aunque la pelea estaba programada para las once de la noche quise asegurarme de estar en primera fila y antes de las ocho ya me encontraba en la boletería comprando la entrada, seguro de poder reírme después de los que se quedarían afuera, peleando por un boleto y sin pensar que esa noche penarían las ánimas en el Caupolicán, y hasta alentar a Villablanca daría miedo de casa ajena. Como te decía, era temprano, por lo cual me dediqué a recorrer San Diego de Alameda a Avenida Matta, mirando vitrinas hasta que los pies acusaron cansancio, y no me quedó más remedio que refugiarme en el primer bar que se cruzó en el camino. Ya en el bar —y esto no es exageración— tuvieron que registrar todo para encontrar una pol-

orienta botella de whisky, la que ha pesar de mi desconfianza y del polvo, no estaba nada de mal. Una vez que me sirvieron el trago, me senté junto a una mesa cerca de la puerta de entrada, y me dediqué a observar a la gente que pasaba por la calle. En eso estaba cuando vi entrar al negro. Con paso de oso sonámbulo y la mirada perdida, recorrió todas las mesas ocupadas, ofreciendo unas fotos amarillas que sacó de uno de los bolsillos del raído chaquetón de paño que llevaba puesto. Luego de insistir en varias mesas sin ningún resultado positivo, y convencido que nadie las compraría, se las ofreció al mozo que atendía el mesón del bar a cambio de un vaso de vino. Este, no sólo se negó a comprar sino que se dispuso de inmediato a echarlo del lugar, en el preciso momento en que al negro se le ocurrió mirar hacia donde me encontraba, dirigiéndose de inmediato al encuentro de mi mesa.

Una vez a mi lado balbuceó tres o cuatro palabras que no entendí, y me extendió las fotos para que las viera. Quizás, porque las encontré antiguas, o porque tenía deseos de que el tiempo transcurriera de prisa, las tomé entre mis manos y las observé detenidamente una por una. Eran fotos descoloridas y arrugadas en las que invariablemente aparecía la figura de un boxeador que debía medir sus buenos centímetros sobre lo normal, y brillaba de músculos por los cuatro costados. "La Bestia Negra", me respondió cuando le pregunté de quien se trataba, y de inmediato recordé al "Tani" Cuevas. Sin pensarlo dos veces, invité al negro a sentarse ordenando al mozo que le sirviera un trago igual al mío. Los ojos del negro brillaron cuando el mozo, que no lograba salir de su asombro, le sirvió su copa. Antes de tomarla me observó fijamente, y luego como si se hubiese encontrado sólo, se miró dos o tres veces en el espejo que colgaba de una de las paredes del bar, haciendo un leve movimiento de cabeza, en lo que

creí ver el recuerdo de un buen juego de piernas y un arduo trabajo de sombras.

Más tarde fue lo otro que tampoco olvido. Villablanca en el ring, mirando hacia todos los rincones del desolado Caupolicán mientras Serrano —que por algo era el campeón— se hacia esperar, y una cámara de televisión buscaba el mejor ángulo del chileno, sin atreverse a mostrar las aposentaduras desiertas ni el nervioso paseo del rollizo promotor alrededor del ring, a cada momento más arrepentido del negocio. Cuando al fin el campeón hizo su entrada abriéndose paso por entre las sillas que rodeaban el cuadrilátero, se escuchó una leve silbatina que apenas logró apagar el ruido de la lluvia sobre el techo del estadio. En una de las galerías una bandera chilena se movió monótonamente mientras duró la ceremonia de presentación de la pelea. Terminada ésta, Serrano miró hacia el público, y cuando escuchó la campana que anunciaba el inicio del combate, salió resueltamente al encuentro de Villablanca, seguro de terminar la pelea en un corto tiempo. En ese instante —y aquí vienen las cosas que no me explicó— volví a estar con el negro en el bar, viendo como sus manos temblaban mientras se servía el primer sorbo de licor, para luego decir algo que no entendí en un principio, pero que tenía relación con las fotos que estaban sobre la mesa y con las conversaciones del "Tani" Cuevas, cuando éste, luego de su primera cerveza dejaba de renegar de su trabajo en el circo, y empezaba a relatarme historias de boxeadores como "La Bestia Negra", que en su decir había sido grito y plata en los tiempos en que los púgiles eran guapos de verdad y no existía tanta televisión ni tanto dólar de por medio. Recordé que me había hablado de él, diciéndome que se trataba de un peruano, un cholo de un pueblo cercano a Lima que se educó al lado de su padre, talando árboles que luego vendían por las

calles como leña; hasta que sus sueños de viajes pudieron más que su obediencia, y partió un día con un par de pilchas hasta Callao, donde se embarcó de polizón en un buque de carga que viajaba hacia Europa. Cuando se encontraba navegando los descubrieron, y como el muchacho se veía fuerte y faltaba personal a bordo, lo dejaron quedarse formando parte de la tripulación, haciendo labores de ayudante de cocina, lo que le permitió conocer a un tal Galindo, cocinero de a bordo y antiguo boxeador el que, al descubrir las hechuras del cholo, lo convenció de aprender en sus ratos libres algunos fundamentos de boxeo, con los cuales muy pronto se hizo popular en toda la embarcación, al convertirse en el invencible campeón de las peleas que organizaban los marineros para entretenerse durante los viajes.

¡Así se hacían los campeones!, dijo el "Tani" Cuevas. ¡Ese era un campeón de verdad!, recordé que había dicho el negro mostrándome una vez más las fotos que yo doblaba nervioso, mientras veía como Serrano se llevaba por delante a Villablanca en los dos primeros round, sin que nadie en ese momento se atreviese a apostar que el chileno terminaría la pelea en pie; hasta que al promediar la tercera vuelta, Villablanca logró alcanzar al campeón con un recto preciso sobre el ojo, abriéndosele de inmediato un visible corte sobre la ceja izquierda. Allí pudo terminar todo, y el público así lo entendió levantándose de sus asientos, gritando ¡dale Villita!; pero éste se equivocó, y en vez de medir sus golpes para asestarlos con precisión, se puso a lanzarlos sin ton ni son, permitiendo que el campeón se recuperara cubriéndose con sus brazos; y cuando nadie lo esperaba, conectó una combinación rápida de izquierda y derecha que terminó con el chileno en la lona, escuchando la cuenta de protección y levantándose a duras penas para continuar recibiendo los golpes precisos de Serrano.

El boxeo se aprende en el ring —dijo el negro, y mirándome de reojo agregó— por eso no creo en ese campeón suyo que va a pelear un rato más por el título. En esos tiempos —recordé que dijo el "Tani" Cuevas— los boxeadores se hacían peleando; y así lo entendió "La Bestia Negra", que después de las peleas sostenidas a bordo del buque, aprovechó la confianza de sus compañeros y todas las recaladas de la embarcación para pelear con cuanto pugilista de puerto le salió al paso, los cuales, invariablemente sucumbieron a sus mamporros. En una de esas paradas llegó al puerto de Valparaíso, donde después de unos combates fue bautizado como "La Bestia Negra", ganándose la simpatía de los aficionados y de algunas muchachas que no vacilaban en colgarse a sus brazos atraídas por su porte y por los pesos que empezó a ganar, los que desaparecían rápidamente, porque entonces el cholo peleaba por gusto, por sentirse el más fuerte y la plata sólo le significaba un modo para prolongar la diversión de los combates. Más tarde cambió de manera de pensar, cuando conoció en Panamá a un promotor yanqui, que después de verlo pelear, lo convenció de quedarse en tierra peleando profesionalmente.

Escuchaba a mi ocasional acompañante, recordando al mismo tiempo los relatos del "Tani" Cuevas. El negro, después del segundo whisky se puso más locuaz, y por un momento pensé que sólo un buen golpe de "La Bestia Negra" podría hacerlo callar. Aprovechando una pausa que hizo para beber, me puse a conversar de la pelea que daría Villablanca unas horas más tarde. Mire jefe —me dijo— a su campeón le falta box. Puede que tenga fuerza, corazón como dicen ustedes los chilenos, pero eso no basta. Su respuesta me dio rabia, pero de inmediato volví a escuchar al "Tani" Cuevas, diciéndome que la ya famosa "Bestia Negra" volvió después

de unos años al Perú, donde a pesar de la incredulidad de los espectadores noqueó en dos asaltos al campeón peruano de su categoría. Se alegó que la pelea había estado arreglada y que el campeón lo había pillado descuidado y muchas otras cosas más. El nuevo campeón no tuvo más alternativa que ofrecer la revancha al ídolo derrotado, repitiéndose la paliza anterior esta vez con los aplausos de la hinchada que reconoció la capacidad del nuevo monarca. Del Perú viajó a Buenos Aires para enfrentarse con el campeón sudamericano, el que antes de pelear prefirió declararse enfermo pasando el título por secretaría a poder de la "Bestia Negra", quien en combates posteriores defendió con éxito su corona, derrotando a los mejores peleadores del continente.

Más tarde, cuando transcurrieron el cuarto y quinto asalto y parecía que la victoria de Serrano era sólo cosa de tiempo, Villablanca sacó su garra de luchador y a pura fuerza fue arrinconando al campeón hasta hacerle perder compostura, envolviéndolo en una pelea desordenada que empezó a arrojar puntos a favor del chileno. Fue ahí, en el sexto round cuando el público volvió a entusiasmarse. Los trescientos espectadores gritaban como cinco mil, y más de alguien en su casa, frente al televisor, se arrepintió de no haber ido al Caupolicán. Villablanca buscó una y otra vez la ceja abierta de Serrano, al que en cada momento se le hinchaba más el rostro, a pesar de los esfuerzos de su rincón por cortarle los hilillos de sangre que le imposibilitaban la visión. Claro —no se trata que esté exagerando— para qué vamos andar con cosas, el chileno se veía bastante atontado y en más de un descanso se vio como sus asistentes le mordían desesperadamente las orejas, tratando de devolverle la lucidez necesaria para seguir luchando. En todo caso, cualquiera fuera el resultado, los que estába-

mos en ese momento en el Caupolicán nos sentíamos felices con la pelea de nuestro campeón.

Después de todos estos triunfos —dijo el "Tani" Cuevas— vino el descuido de Max Paredes, que así se llamaba "La Bestia Negra". La fama y la facilidad con que ganaba sus combates lo envanecieron; y en vez de dedicarse a entrenar se dejó llevar por la alegría fácil de los cabarets derrochando noche tras noche el dinero que ganaba. De esta manera se produjo su inevitable declinación, y no obstante realizar con éxito algunas defensas de su título, llegó el momento de enfrentar al púgil cubano Kid Charol, que como buen cubano —y aquí basta nombrar a Kid Gavilán y al Mantequilla Nápoles— llevaba todos los conocimientos del boxeo en las palmas de sus manos y que terminó zarandeándolo sin misericordia en una lección que lo marcó para siempre. Cuando se encontró sin título y sin la posibilidad de continuar con su vida disipada, "La Bestia Negra" trató de reaccionar asociándose con un promotor gringo que creyó ver en él a un nuevo Firpo, capaz de conquistar los Estados Unidos, lo cual no ocurrió. De diez combates que realizó, perdió ocho, no quedándole otra alternativa que regresar al Perú, donde tampoco le fue muy bien. Tuvo que enfrentar el "Burro" Icochea, para entonces la nueva sensación del boxeo peruano. Este se dio el lujo de ganarlo sin apelaciones en dos oportunidades. De allí para adelante sobrevino la parte triste. Afectado de la vista por los golpes recibidos en el transcurso de su campaña de boxeador, debió abandonar el ring, empezando a deambular de un trabajo en otro, hasta terminar vendiendo sus fotos a la entrada del Correo de Lima. Ahí lo conocí, si se puede decir que era él ese recuerdo de gigante que caminaba apoyado de un bastón. Sí amigo lo conocí, afirmó el "Tani" Cuevas en los tiempos en que todos decían que sería un gran boxeador, y estuve haciendo unas

peleas en Lima. Supe de su historia y un día me lo presentaron. El me regaló sus fotos, las cuales con el tiempo extravié, quedándome sólo el recuerdo y la esperanza de volver a verlo un día para contarle que ahora lo entiendo mejor, y sé lo que es ver el boxeo desde abajo.

Estos eran mis pensamientos, entre los recuerdos del negro que había dejado unas horas atrás y los gritos del público alentando a Villablanca, cuando se produjo la primera detención del combate y subió al ring el médico de turno a examinar el ojo inflamado del campeón. Puede seguir, dictaminó, y Villablanca se fue encima de Serrano, dando y recibiendo, arrinconando al Campeón que no atinaba a otra cosa que a cubrirse el rostro con los brazos, esperando que el tiempo pasara y sus asistentes pudieran curarlo en el rincón. Y así, sin variaciones se llegó al round once de la pelea. Al sonido de la campana el campeón salió temeroso y se quedó esperando a Villablanca cerca del centro del ring. El chileno se le fue encima derrochando las fuerzas que aún le quedaban, a diferencia de Serrano que se veía lento y sólo confiaba llegar al final del combate para ganar lo amparado en su calidad de campeón y por los puntos acumulados en los primeros asaltos. En ese momento pensé que el manager de Villablanca estaba en lo cierto cuando aseguraba la buena preparación de su pupilo y que lo importante era llegar al décimo round. Ahí, también —y no sé por qué— me acordé del autógrafo que todavía conservo del Goodfrey Stevens, y me levanté del asiento para gritar justo en el momento en que el árbitro detenía la pelea, y nuevamente subía al ring el médico para decir esta vez que Serrano no podía seguir, que la pelea se terminaba y Villablanca era el nuevo campeón mundial.

Eran las once treinta y dos minutos de la noche

del cinco de junio de 1982. Villablanca se arrodillaba sobre el ring abrazado al obeso promotor de la pelea, mientras los que estábamos en el Caupolicán gritábamos a todo pulmón, y en las calles de Santiago empezaban a salir los chilenos que nunca creen en nada —tal vez porque no es tiempo de esperanza— a celebrar el título mundial de Villablanca.

Seguramente dirás —a ti no más te ocurren esas cosas— y yo por primera vez te diré que puede ser, porque ahora tengo de nuevo en mis manos las fotos que me vendiera el negro aquella noche, después de vaciar la botella polvorienta de whisky, y salir a la calle tambalcantes, mi cara pegada al rostro sudoroso del negro, que se veía feliz y se negó a aceptar mi invitación para ver la pelea de Villablanca, insistiendo que no valía la pena, que el campeón era el campeón y nadie le ganaba y además diciendo que no veía box, porque ya no quedaba peleadores como "La Bestia Negra". Le prometí escribir sobre él, seguro que al otro día no recordaría ningún detalle de su historia, la que pasaría a engrosar mi larga lista de proyectos, como la biografía de Luis Vicentini que tanto sueño escribir, sin saber por donde empezar, porque las cosas son así, imprevistas, sin sentido, y se mueven entre recuerdos que de tanto nombrarlos no sabemos al final si son reales o no. En verdad te reconozco, a mí no más me ocurren estas cosas, porque nada explica que esta noche, mientras Lester Young me adormece con su saxofón, y afuera llueve sin cesar, esté escribiendo sobre las fotos amarillas que guardo en mi escritorio y la noche en que Villablanca ganó el título mundial.

La cerveza de los hombres solos

La tormenta primaveral que se había desatado a media tarde era apenas un recuerdo cuando entré al hotel arrastrando la maleta de lona con la que llegara a Berlín diez o doce años atrás. Como a viejas amigas que no volvería a encontrar, contemplé las veredas blancas y deslavadas. Recuerdo esa imagen ahora que el barman, un gigantón canoso y algo amanerado, me sirve la tercera cerveza de la noche y mientras la espuma invade la copa pienso en qué demonios hago después de tantos años en Berlín, solo en un bar de hotel, sin otra compañía que la cerveza y dos tipos al mi lado, un soviético y un angoleño que, de rato en rato, me miran esperando que la bebida haga el milagro de igualar nuestros idiomas. Me miran, los miro, encendemos cigarrillos, y de nuevo cada cual entierra sus pensamien-

tos en el líquido rubio que lentamente nos va llenando las barrigas de borrachera y soledad. Eso es todo, igual desde hace tres horas, cuando llegué a sentarme junto a la barra, luego de entregar la maleta en la guardarropía, dudando entre beber un trago o pedir la habitación para acostarme a esperar que el sueño hiciese su labor. La maleta, me digo, es el principio de todo. Aunque no necesariamente, ya que en estricto orden primero fueron los rumores, luego las noticias, Gretel, la maleta y Billy The Kid, el cual con su costumbre de aparecer en los sitios menos esperados me vio entrar al hotel, y después de pedirme un cigarrillo, me ha dicho que lo aguarde unos minutos, porque despedidas como las mías se dan muy pocas veces, y es necesario un trago, un copa de algo fuerte o demoledor, de aquello que se bebe para celebrar o llorar, y no esa mezquina cerveza que beben los hombres cuando se encuentran solos. Lo primero entonces fueron los rumores. Que a Orellana le había llegado una carta desde Santiago, o algo más que eso, que el sobrino de Suárez o Ferrada había viajado desde allá. Desde allá, pienso, mientras el barman le sirve otra cerveza al angoleño, y el pobre negro no sabe qué hacer con un diario aprisionado entre sus manos, tan largas y negras que apenas se distinguen en la penumbra del bar, y abre sus ojos, grandes y tristes, de una forma que parecen llenarle la cara, como un grito. Desde allá, siempre desde allá, igual que si se mentara el paraíso. El rumor no corrió mucho. Pasados diez años, se aprende a distinguir si el zapato molesta por estrecho o porque le ha entrado una piedrecilla, y como las llamadas alarmantes de Marfán eran cosa habitual, no hice más que aplastar el fono con rabia, y aprovechando que Gretel, acostada a mi lado se despertó con el ruido de la conversación, puse un beso tibio e intenso en su cuello largo y fino de alemanota acostumbrada a comportarse como una dama. Un beso tibio, la llave precisa para abrir

su deseo en esa noche que había estado llena de diálogos tontos, películas de televisión, tedio, y una fuente de tallarines que se habían incrustado en mi vientre como un adoquín. ¡Chilenos locos!, exclamó cuando le conté el rumor de Marfán, y luego, un poco más tarde de que el beso hiciera su efecto y nos diéramos un buen revolcón entre las sábanas, agregó con su lógica germana y un confuso español, ¡Si están acá, son de acá! Sin términos medios ni espacios para los sentimientos abolerados, como esos que flotan en el aire cuando Orellana o Suárez se dejan caer por el departamento con algunas botellas de brandy, y nos da por cantar eso "del cerro Los Placeres yo me pasé al Barón", escuchado a Lucho Barrios en Valparaíso cuando era el puerto principal y no como ahora que, según me cuenta mi hermano Eduardo en sus cartas, está tan muerto que las putas juegan a las escondidas para entretenerse. Para no caer en discusiones que bien sabía no llegaban a nada, opté por volver a besar su cuello de cisne, esa llave mágica que me abre las puertas hacia la libertad absoluta, según la teoría que mis amigos no entienden, pero que les noto en sus ojos, estarían dispuestos a comprobar de puro científicos o calientes que son si la gringa Gretel les diera la oportunidad. La conocí en mi primer curso de alemán. Era la profesora y poseía las piernas más grandes y bellas que había visto jamás, algo así como las de Marlen Dietrich en el afiche del "Angel Azul". No aprobé el curso, pero aprendí lo suficiente para seducirla una noche en que después de una prueba nos quedamos en un bar bebiendo vino blanco, helado y certero a la hora de avivar los sentidos. Esa noche me metí en su cama. En su lecho espumoso y suave que olía a lavanda y sueños, como diría Flavio, un brasileño siútico que comparte mi oficina en la universidad. Algún tiempo después, a punta de más vino blanco y siempre hablando un pésimo alemán, la convencí que al momento de enamorarse

daba lo mismo un chileno que un germano, y como el asunto de mi regreso se prolongaba sin fecha visible, acepté su proposición de ir al registro civil, donde previo discurso del funcionario encargado aserramos un grueso tronco a la salida de la oficina de matrimonios, para que sus familiares tuvieran la seguridad de que el asunto marchaba en serio, se respetaban las tradiciones, y por lo tanto cabía celebrar con esmero. Otra cerveza, pide el soviético, seguramente con todo el alemán que sabe y una voz gastada que me aparta de los recuerdos de Gretel y me regresa a esa barra del hotel, donde el angoleño sigue con sus ojos abiertos y asombrados ya no mirando su copa, sino a un alemán que metros más a mi derecha, se dedica a meterle mano a una rubia. Lo cierto es que el rumor de Marfán sólo sirvió de pretexto para juntarnos con Orellana en el Palacio de la República a beber unas interminables copas de wodka spezial, trago dulce y de copetinera, que en el momento menos esperado a uno lo tiende de espalda. Lo bueno o lo malo, ya no sé qué pensar, fue que a la semana siguiente el rumor se repitió, y un par de días después los cables periodísticos empezaron a hablar de exiliados con autorización para volver, y el regreso tan aguardado pasó a convertirse en un boleto a comprar en la línea aérea más próxima. O al menos así fue para algunos. Confirmada la noticia nos reunimos en el lugar de costumbre, y de algún modo, por efecto del vino o la alegría, por primera vez en mucho tiempo los viejos afiches colgados en las paredes me parecieron reales, y escuché el rechinar de los funiculares en los cerros de Valparaíso, sentí el olor del mar, su pesado aliento de sal y el rumor de las olas chocando contra el roquerío. Nostalgia, pura nostalgia febril que se me fue introduciendo en la piel a medida que los otros llegaban a la reunión y cada cual sacaba a relucir su recuerdo máspreciado, o ese pedazo de país que habían alcanzado a meter en la maleta antes que Chile

se convirtiera en allá. Cuando la nostalgia me fue envolviendo, obsesionando al igual que las piernas enormes de Gretel desde que la viera en la primera clase, decidí que era el momento de marcharme, y poco a poco, para que no se notara la confusión que empezaba a cogerme de las mechas, me fui corriendo hacia la puerta, calculando que tenía tiempo suficiente para abordar el tren subterráneo de las veinte y llegar a punto para la cena que preparaba cada día y a la misma hora mi Gretel, cuellito de cisne. Sin embargo, y como ya se sabe, el que tiene escrito morir de bala no saca nada con esconder la cabeza. Estaba por salir de la reunión cuando tropecé con Billy The Kid, sentado en la escalinata de la entrada, buscando una luna que no existía en el nublado cielo berlinés, y con un sobre grande y amarillo entre las manos, de esos que los médicos en todas partes del mundo encargan cuando uno está por ponerse mal. Billy The Kid no se llama así. Debe tener un nombre cristiano, pero poca gente se acuerda de él. Llegó de los primeros a Berlín, al hospital más inmediato, donde los médicos, con paciencia y algo de suerte consiguieron armarlo de nuevo. Igual que un reloj que se despanzurra en el suelo, o esas iglesias antiguas que los alemanes acostumbran a reconstruir ladrillo a ladrillo y hasta con olor a viejas. Después del hospital trató sin éxito de adaptarse a un empleo. Una tarde de feria o peña, llegó vestido de vaquero. Jeans estrechos, sombrero de ala ancha y pañuelo al cuello. Declaró ser Billy The Kid, el auténtico. Hubo risas, desde luego, pero cuando empezamos a verlo todos los días vestido igual, y cada vez con mayor frecuencia tuvimos que arrebatarlo de las manos de la policía, comprendimos que algo se había quebrado en él, y en nosotros. ¡Quiubo, maestro!, dijo, alargándome una de sus manos. En sus brazos flacos destacaban sus venas hinchadas, agotadas de recibir la sangre que cada tres días se encargaba de renovarle la máquina dializadora. Son

los riñones del carajo, acostumbraba a decir apuntando a sus costados con un par de pistolas imaginarias; y luego, sin pena, sólo como si fuese un niño acusando una falta, agregaba, los dejé en alguna parte de Chile, compadre. ¿Qué hay, Billy? ¿Sigues conociendo Berlín?, le pregunté, considerando su afición a caminar por la ciudad en los pocos ratos que el hospital y su ánimo se lo permitían. Todos se van a ir menos yo, dijo sin atender a mis preguntas. Su voz no era la de siempre ni tampoco el brillo de sus ojos. En su cabeza un reloj antiguo volvía a funcionar. ¡Es lo que esperaban, Billy!, le contesté sentándome a su lado. Comenzaba a caer una llovizna suave, y por primera vez en muchos años me olvidé de maldecir. Recordé que había conocido a Billy buscando un sitio donde almorzar sin necesidad de hablar en alemán. Lo vi a la entrada de un restaurante frente a la Fuente de Neptuno. En medio de una fila, con su inconfundible rostro tostado y una banderita de Chile colgada en la solapa de su chaqueta. Dos horas más tarde me conocía la mitad de su vida. Lo observé comer dos escalopas apanadas con sus respectivas ensaladas de papas, y luego del postre me hizo acompañarlo a la Plaza Alexander, a consultar el reloj que daba la hora en las principales ciudades capitales del mundo, incluida Santiago, con su tono gris y sucio de ciudad acostumbrada a morder los sueños. En esos días Billy vivía en el hospital, y ya pensaba en comprar su sombrero de vaquero. ¡Todos!, insistió Billy, y sus palabras me parecieron lejanas, porque en mis pensamientos apareció Gretel, a quien no había contado nada de lo sucedido. Reconocí que egoístamente, de un solo trazo, la borraba de mis cuentas, ¿Sabes cuánto duraría allá?, preguntó Billy. Médicos existen en todas partes, le respondí ya desde otro mundo, sabiendo que mi respuesta era verdad y mentira al mismo tiempo. Pensaba en Gretel. Sólo podía pensar en Gretel, en su manera práctica de mirar la vida y de

quererme más allá de sus habituales incompreensiones. Me puse de pie, y dije algunas cosas que pusieron en un segundo plano las palabras de Billy The Kid. Enseguida corrí las seis cuadras que me separaban del tren y llegué a casa antes que Gretel comenzara a esconder su cuellito de cisne, pasaje directo a la libertad. No le agradaron mis noticias. Hundió la mirada en su plato de ensaladas. Después se paró de la mesa y se puso a regar las plantas del balconcillo. La perseguí con mis explicaciones por todos los rincones del departamento, buscando su sonrisa, sus ojos, o al menos una mísera palabra, y como pocas veces había ocurrido antes, terminé cenando solo, sintiendo que al igual que en los primeros años, la cerveza estaba tibia y con un sabor ajeno, distante. Más tarde busqué el camino de la ternura, pero tampoco le saqué palabra, tan solo una lágrima gruesa que se le escapó cuando conseguí mirarla a los ojos. Los recuerdos se me están almi-barando como ese insoportable vino rojo que beben los alemanes, me dije mientras pedía una nueva cerveza y una vez más me encontraba con la mirada del angoleño, que ya no me pareció la de un tipo triste, sino la de un búho fizgón. ¿No dices que el hogar se encuentra donde están los amigos y la mujer que se ama?, preguntó a la mañana siguiente Gretel, volviendo de su mutismo entre un vaho de café fresco y recién molido, repitiendo mis palabras dichas en una noche de tragos y amigos, para espantar el lugar común de las quejas que habitábamos. Sí, Gretel, lo dije, y muchas veces pienso si lo que me espera no es otra cosa que un fantasma. Pero está lo otro, eso que tú no entiendes, y que yo pocas veces te explico. La sensación de estar en un tren que, por cómodo que sea, nunca será otra cosa que un tránsito. La idea del tránsito y del tren no fue buena. Fue una mala manera de decirle que los años compartidos estaban dentro de un paréntesis fácil de cerrar a la primera oportunidad. Y eso que no su-

pe explicar, en verdad no la marginaba, más bien la convertía en un trofeo de caza para llevar a ese allá que para ella no tiene otro sentido que un punto en el mapa y las noticias de terror de los diarios. Gretel no se va, le conté por la tarde a Orellana, preocupado de ver la ciudad por última vez, escarbando en las murallas cualquier atisbo de su sombra que le pudiese hacer más difícil el regreso. Haz como Suárez, me dijo. Viaja, ve, analiza cómo están las cosas. Le muestras el país a tu gringa y si le gusta bien, si no cierras el negocio. ¡Todo un genio, Orellana! Convencido que la vida es como esas operaciones que enseña en sus clases de matemáticas en el colegio. Seis más seis son doce, y ocho por tres, veinticuatro. ¡Pamplinas!, Gretel no quiso escuchar mis argumentos. Fui dejando pasar los días, esperando ingenuamente que las cosas cambiaran por sí solas. Hice mi maleta a escondidas, y cuando ella la descubrió, me dijo que me fuera al hotel donde me encontró, a la pieza pequeña y sin luz. Y por eso me tienes aquí, le digo a Billy The Kid que ha llegado hace unos minutos a poner una barrera entre mi cerveza y los ojos del angoleño. ¿No se estará cagando en el piano, profesor?, me pregunta luego de probar el wodka que le han servido, y de ajustarse el sombrero tejano, algo grande para el tamaño de su cabeza. Lo miro, sorprendido, y pienso que es otro Billy el que me habla. No el del vagabundeo por las calles a quien todos tienen lástima, sino el que se quedó en Santiago, destruido por los golpes en el Estadio Chile, y al que no ha querido recuperar en una ciudad extraña, sino que disfrazarlo, como si se hubiese puesto una de esas máscaras risueñas de los teatros griegos. ¿Qué quieres decir?, le pregunto buscando apoyo en una cerveza que ya no existe. A veces pienso que allá está muy lejos, me dice Billy. Si vuelvo sería como un alma en pena y todo me recordaría a ese maestro Zamora que un día fui. Conocedor de los secretos del estuco, y

bucno para alentar a la muchachada cuando el ánimo comenzaba a decaer. Por eso me quedo, y no tanto por la operación que me prometieron los alemanes. Voy a responder, sintiendo que las palabras de Billy son como una campanada, pero el angoleño se adelanta a mi intención, y en un gesto que nadie comprende hace volar por el aire su copa de cerveza. El barman abandona un momento su estudiada sonrisa. Se aparta de la barra y camina junto a los taburetes. Coge al negro del cuello con una mano, mientras con la otra le aplica un puñetazo entre las piernas. A nadie le importa que el angoleño cierre sus ojos por primera vez en la noche. El soviético se limpia su chaqueta, y la rubiecita con el alemán buscan otro rincón más tranquilo. El barman de regreso a su lugar parece mirar el infinito. ¿Más cerveza?, pregunta Billy, y le respondo que no, que ya basta de tragos para hombres solos, y después de pedir una ronda de wodka le pregunto por las flores que más le gustan. Cualquiera que huela bien y no crezca en los cementerios, dice Billy adivinando que ya he tomado una decisión. Te llevaré muchas flores al hospital, y cuando mejores compraré un sombrero tejano para usarlo cada vez que salgamos a beber, le digo al tiempo que pongo sobre la barra un billete de cincuenta marcos, con la cara cada día más preocupada de Engels. Miro hacia los sillones ubicados frente a la mesa de recepción y veo al angoleño sentado, con su cabeza reclinada sobre un cojín. Allá siempre será allá, aunque cada día esté más lejos, pienso mientras abrazo a Billy y le cuento que en mi casa Gretel siempre tiene preparada una buena sopa para cuando llego bebido y me pongo a hablar del regreso. Billy sonrió. Sus dientes blancos parecen adquirir vida propia, y cuando en la guardarropía me devuelven la maleta, él insiste en tomarla y salir con ella hacia la calle. Pasa un taxi e inútilmente le hacemos señas para que se detenga. No importa, mi casa no queda lejos, le digo a

Billy The Kid, y su estrella de alguacil colgada en el chaleco brilla en medio de la noche y de Berlín.

Indice

Ese viejo cuento de amar	7
Por amor a la señorita Blandish	16
Más cerca de Gabriela	28
El regreso de Senkovic	33
Que buena voz se perdió para el tango	38
Nunca es tan próxima la felicidad como para tocarla	45
Al otro lado de la puerta	54
Muchacho sin ocupación	60
Oficios de la época	67
La noche que Villablanca ganó el título mundial	73
La cerveza de los hombres solos	83

Mosquito Editores

Títulos publicados:

- **A HORCAJADAS,**
Pia Barros (Cuento)
- **MARAVILLA DEL MUNDO,**
Victor Casaus (Poesía)
- **TIEMPO DE VENTANAS,**
Carmen Basañez (Cuento)
- **SUS DESNUDOS PIES
SOBRE LA NIEVE,**
Juan Mihovilovich H. (Novela)
- **ESPEJO FAMILIAR,**
Virgilio Figueroa
(Novela-Testimonio)
- **ALQUITRAN Y LOS GORRIONES,**
Reinaldo Edmundo Marchant
(Novela)
- **A TRAVES DE ESTOS OJOS,**
Ximena Bizama (Cuento)
- **ABRAZO PARTIDO,**
Varios autores (Poesía)
- **EN EL ATARDECER DEL MUNDO,**
Jorge Flores Pinchet (Cuento)
- **PARA AMARTE MEJOR,**
Carolina Rivas (Cuento)
- **LA ULTIMA CANCION DE
MAGGIE ALCAZAR,**
Lilian Elphick L. (Cuento)
- **ESE VIEJO CUENTO DE AMAR,**
Ramón Díaz Eterovic (Cuento)

"Se percibe en los cuentos de Díaz Eterovic a un narrador con aptitudes y en posesión del oficio, variado en su temática y en su técnica, capaz de experimentar diversos modos en el relato... Su lenguaje es fluido, ágil y conduce con frecuencia al planteamiento de problemas trascendentes."

Ernesto Livacic. Diario *La Prensa Austral*

"Ramón Díaz Eterovic rescata una vieja y tradicional línea de nuestro cuento —realista, inmediato, inserto en el vivir cotidiano— otorgándole un carácter actual y dinámico, con recursos de lenguaje renovador y conversacional".

Jaime Quezada. Revista *Ercilla*

"Díaz Eterovic es un escritor con complejidad; sus cuentos son creativos en la medida en que distorsionan y formulan una nueva visión de la realidad".

Jaime Valdivieso. Revista *Apsi*

"Ramón Díaz Eterovic viene desde hace algunos años perfilándose como uno de los narradores nuevos mejor dotados".

Poli Délano. Revista *Pluma y Pincel*

"Uno de los primeros elementos que atraen la atención en los relatos de Díaz Eterovic es la inmensa humanidad que transmiten sus personajes, muchas veces puestos en situaciones difíciles, extremas, a veces en lo afectivo, otras en lo social".

Diego Muñoz Valenzuela. Revista *Obsidiana*